

112



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

LOS ORÍGENES HISTÓRICOS DE
LA DESINTEGRACIÓN YUGOSLAVA

UN ESTUDIO SOCIOPOLÍTICO ACERCA DE LA
CUESTIÓN NACIONAL Y LOS NACIONALISMOS

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:
LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS
Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA
(ESPECIALIDAD EN CIENCIA POLÍTICA)
PRESENTA:

JUAN LEONARDO TENORIO RIVERA

288744

CIUDAD UNIVERSITARIA

ENERO, 2001



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Escribir una tesis. Si no fuera porque aún no sabemos que nos mueve al llanto y a la risa, al placer y al sufrimiento, a transitar, en suma, por los senderos de esto que llamamos vida, escribir una tesis no sería mucho más que eso: inquietarse por algo, sobrevolarlo, pretender aprehenderlo y transcribir los resultados del mecánico ejercicio.

Pero sabemos que incluso sobre nosotros mismos conocemos poco y que una tesis representa más que su simple realización. Es una lucha constante entre la voluntad y la desgana, entre la afirmación y la nulidad de nosotros mismos; quizá una de las formas de visualizarnos sin la necesidad imperiosa de una presencia ajena a la nuestra.

Caminado el trayecto, sin embargo, la voluntad de compartir es más fuerte que la fascinación que suscita el arribo a buen puerto.

Hoy no puedo menos que agradecer a quienes han hecho posible este y otros proyectos, empezando por el más complejo y exquisito de todos: la propia existencia. Gracias pues a mis padres, artífices del más prodigioso de todos los milagros: la felicidad.

Para Miguel y Margarita, compañeros de las primeras grandes expediciones y seguramente también de las últimas, todavía lejanas, vaya también mi más sincero agradecimiento por su siempre invaluable compañía.

Gracias también a Adriana, que ha tenido a bien prestarme

su mirada para hacer de la vida el colorido escenario del amor que nos une y desde el cual han emergido estas líneas.

Sé bien que es peligroso seguir nombrando. Pero asumo los riesgos de mi mala memoria.

Gracias a Antonio, Socorro, José y Elías por el apoyo que me han dado.

A Toño, por detener el espejo con firmeza.

A Berenice, Memo, Carlos, Paco, Arturo y Víctor por las muy provechosas horas de vagancia que compartieron conmigo.

A Elisa, Elizabeth y Enrique, por hacer de la cafetería el único espacio de la Facultad donde es posible hablar en serio.

Al Ale, maestro de maestros.

De manera muy especial deseo también reconocer el generoso apoyo que me ha brindado el Dr. José Barragán. Lo mismo para el Dr. Juan José Mateos, la Dra. Blanca Ansoleaga, el Arq. Ricardo Naranjo y el Maestro Enrique González-Casanova, asesor de este trabajo.

Gracias, por último, a esa parte de mí que siempre trato de evitar que este trabajo por fin terminara.

"Siglos y siglos y sólo en el presente ocurren las cosas."

Jorge Luis Borges

El Jardín de senderos que se bifurcan

"El hombre quiere ser dueño del futuro para poder cambiar el pasado"

Milan Kundera

El libro de la risa y el olvido

Índice

| | |
|--------------------------|----------|
| Introducción..... | 1 |
|--------------------------|----------|

Primera parte

La aventura histórica yugoslava

| | |
|---|----|
| 1. Consideraciones geográficas..... | 1 |
| 2. Los orígenes..... | 2 |
| 3. Los imperios..... | 8 |
| 4. Hacia la construcción de Yugoslavia..... | 12 |
| 5. La era de Tito..... | 19 |

Segunda Parte

Nación y nacionalismos

| | |
|--|----|
| 1. La idea de nación..... | 28 |
| 2. Las fuentes filosóficas de la nación: Romanticismo e Ilustración... . | 34 |
| 3. El surgimiento de las naciones y el nacionalismo..... | 38 |
| 4. Sobre el concepto de nacionalismo..... | 43 |

Tercera Parte

La desintegración yugoslava

| | |
|--|----|
| 1. Seis Repúblicas y dos Provincias autónomas..... | 47 |
| 2. La desaparición de Yugoslavia..... | 50 |
| 3. El peso de la historia..... | 54 |
| 4. Los nacionalismos yugoslavos..... | 64 |

Conclusiones.

| | |
|------------------------------------|----|
| La nación: ayer, hoy y mañana..... | 76 |
|------------------------------------|----|

| | |
|-------------------------|----|
| Cronología | 81 |
|-------------------------|----|

| | |
|---------------------------|----|
| Bibliografía | 91 |
|---------------------------|----|

Introducción

Este mundo, por lo menos desde principios del siglo XX, es un mundo configurado sobre la base del Estado-Nación. Si se ha de apelar al pragmatismo político, tal es la forma más sencilla de definirlo. Dadas las condiciones actuales del sistema político y económico mundial, esta realidad, de mero dato, ha pasado a convertirse en un problema. La reivindicación de la pertenencia a una nación choca irremediabilmente con el afán de hacer desaparecer las barreras entre los hombres, de homologar criterios culturales, políticos y económicos en pos del libre desarrollo de un sistema que, sin embargo, algún día promovió las naciones que hoy juzga. Si a ello agregamos que la gran mayoría de los Estados están lejos de ser cultural o étnicamente homogéneos, la situación sin duda se complica aún más.

Quizá por ello es que para algunos autores la actual coyuntura se presta a la irrupción de conflictos de origen cultural. Huntington ha señalado, incluso, que una vez terminada la guerra fría los principales problemas a los que ha de enfrentarse el mundo serán aquellos que tengan como punto de partida las diferencias culturales que la modernidad no logró disolver.

Desde nuestra perspectiva, esta posición es endeble principalmente por dos razones; en primer lugar, porque parece soslayar la importancia que los procesos de intercambio material han mantenido en la construcción de lo que hoy es el "escenario internacional" y, en segundo, porque ignora que la historia no conoce periodo en el que los problemas de origen cultural no hayan tenido lugar, ya al interior de las

recientes naciones, ya en el seno de las mismas, y aun entre las muy diversas estructuras sociales que han existido.

La primera objeción requiere sin duda de una argumentación económica que, en principio, contemple los elementos a partir de los cuales las naciones y las culturas se han configurado y han ocupado un lugar en el sistema capitalista. La segunda, por su parte, requiere de un soporte histórico sólido y de una percepción abierta de la cultura que permita la comprensión de los procesos que han dado pie a la diversidad que en este sentido observa el mundo moderno.

*Si nos remitimos únicamente a lo propuesto por Huntington, no queda más que cuestionar, descalificar y sojuzgar a todo pueblo, provincia o Estado que no comparta los valores occidentales y que, prescindiendo de todo análisis económico serio, se postra ante **nosotros** como enemigo potencial de **nuestra** civilización. Tal parece que con la muerte del enemigo (el “comunismo real”, que se colapsa al correr de los últimos años del siglo XX) debe sobrevenir el nacimiento de uno nuevo (las culturas hostiles a los principios y los valores que hacen posible el desarrollo del sistema capitalista).*

Esta forma de entender la realidad actual, desde nuestro punto de vista, abusa del optimismo despertado por la caída de los regímenes totalitarios del comunismo europeo, y pone a los promotores del capitalismo occidental al borde del paroxismo. En ese afán por proclamar la victoria definitiva, en esa especie de catarsis que hace aflorar todo el odio y toda la euforia que durante la guerra fría no fue más que miedo y tensión, los apólogos de la libertad y del mercado han

construido lo que pretenden que sean los principios rectores de la nueva estructura internacional.

*La paradoja radica en que se busca reconstruir y reestructurar a partir de los valores y los juicios madurados durante una etapa de confrontación y conflicto. Crear enemigos, desde esa posición, es lo más sencillo e incluso representa una consecuencia lógica. Más complicado es sin duda comprender al **otro**, desmitificar las diferencias, dialogar.*

Desde la crítica de la modernidad, es decir, desde el discurso llamado posmoderno, la identidad de los hombres de carne y hueso que habitan este mundo pierde claridad ante la pérdida de referencialidad, agravada al término de una era de casi medio siglo. Frente a este postulado, el surgimiento de conflictos basados en la afirmación de la identidad (nacional, étnica, de género, etc.) pone de manifiesto la fuerza y la vigencia de muchos de los discursos que han configurado la sociedad; a veces, incluso, los fundamentos de dichos discursos se remontan a tiempos muy lejanos. En todo caso, lo que puede advertirse es una especie de reacomodo, de reconstrucción, no desde fuera — como seguramente hubiera deseado, entre otros, Huntington—, sino desde dentro, desde las entrañas mismas de las comunidades humanas.

La posición geográfica de la región centro y este de Europa, así como la historia, y más precisamente, su historia o sus historias, hacen de ella un campo propicio para la aparición de conflictos que a grandes rasgos podríamos denominar "de identidad"; las explicaciones que dicha realidad exige, sin embargo, deben partir de la especificidad de cada caso concreto, así como de un análisis relativamente profundo de factores de carácter político, económico e histórico.

Nosotros hemos elegido el caso yugoslavo; por su trascendencia, por su capacidad de cuestionamiento y sobre todo por su complejidad, el estudio de este caso concreto reclama el análisis de cada uno de los aspectos que puedan tener relevancia para la explicación del destino seguido por el país balcánico.

En tanto que caso complejo, la desintegración yugoslava como objeto de estudio puede prescindir de respuestas simples. Hay una historia; hay una participación de factores y condiciones muy particulares en la debacle de este Estado; hay también una coyuntura política y económica específica que permite el surgimiento del discurso nacionalista y el consecuente proceso de desintegración; hay, en fin, una serie de factores que deben ser evaluados con detenimiento.

Sin pretender justificar lo que a todas luces carece de justificaciones, nosotros esquivamos el compromiso de juzgar a manera de tribunal; proponemos, en cambio, ampliar nuestro horizonte explicativo a partir de la idea elemental de que todo comportamiento obedece a un impulso y de que todo suceso histórico obedece, a su vez, a esa historia que al correr de los años le acoge. Remitirse a la asimilación de explicaciones preconcebidas, herencia de siglos y siglos de determinismo, no conduce sino a la polarización de los puntos de vista, al reduccionismo y, en suma, a la perpetuación involuntaria de muchas de las atrocidades que pretenden ser, y que son comúnmente, juzgadas con una exacerbada ferocidad.

Si alguna lección nos ha brindado lo sucedido en Yugoslavia es justamente la necesidad de romper con muchos esquemas que no hacen sino someter los hechos a principios y términos que regularmente

se muestran estrechos, pero que para los intereses de los "jueces de la historia" resultan imprescindibles.

Más allá de culpas y sentencias, lo que hoy necesitamos es forzar los trazos que demarcan los límites de nuestros esquemas comprensivos, ir más allá de la obstinada intención de someter a nuestras concepciones del mundo las expresiones que tienen lugar, paradójicamente, en el mundo mismo, que a veces también parece estar equivocado.

Así pues, sin que ello implique pasar por alto lo que hoy más que nunca debe ser denunciado, este trabajo parte de un abandono a toda obsesión judicial u omniexplicativa.

Tres partes componen nuestra investigación. La primera pretende brindar al lector un panorama amplio acerca de la historia yugoslava. Comienza en el siglo V a. C. y ve su fin con la muerte del mariscal Tito, célebre dictador de la Federación yugoslava desde el fin de la segunda guerra mundial hasta el instante que precedió a su muerte, en 1980.

La segunda parte aborda la cuestión nacional y los nacionalismos, primero, desde la perspectiva histórica, después, desde la filosófica. Termina con un acercamiento al concepto de

nacionalismo a partir de las teorías que sobre él se han construido, con especial atención en sus significados sociopolíticos.

La desintegración yugoslava es el nombre de la tercera parte del trabajo. En ella pretendemos dilucidar las causas del desmoronamiento del Estado balcánico a la luz, por un lado, de su propia historia y, por el otro, de los conceptos esbozados en la segunda parte en torno a la nación y al nacionalismo. Buscamos en este capítulo, de carácter conclusivo, hacer confluír historia y teoría con el objeto de comprender mejor las causas y los significados de los sucesos que durante la década de los noventa terminaron con la existencia de Yugoslavia.

*Finalmente, en las conclusiones nos abocamos al análisis de la nación desde la perspectiva histórica, su importancia pretérita, su cuestionada vigencia y su incierto futuro. No es fortuito que hayamos titulado a esta parte *La nación: ayer, hoy y mañana*.*

Una cronología, que parte de la muerte de Tito y termina en 1995, cierra esta investigación, cuya construcción fue animada por la escalofriante idea de que "había una vez una país. ."

Primera parte

**La aventura histórica
yugoslava**

1. Consideraciones geográficas

La ubicación geográfica de lo que casi tres cuartos de siglo fue conocido como Yugoslavia está determinada por la colindancia, al norte, con Austria y Hungría; al este, con Rumania y Bulgaria; al sur, con Grecia y Albania; y al Oeste con el Mar Adriático e Italia. La superficie total de su territorio es de 255.804 km.2, y está situada entre los 40° 45' y 46° 50' de lat. y 13° 35' y 22° 50' de long.

El relieve que caracteriza al territorio yugoslavo viene dado, a su vez, por cuatro grandes elementos orográficos, a saber: el macizo cristalino de Macedonia al sureste, los Balcanes al este, los Alpes Dináricos al oeste y la depresión septentrional.

La hidrografía de la región está conformada por tres grandes vertientes: la del Danubio (río que atraviesa el país por su región nordeste y que sirve después de límite con Rumania), donde vierten el Drava, el Sava y el Morava; la del Mar Egeo, a la que pertenece el Vardar; y la del Mar Adriático (de menor importancia), que incluye al Cetina, al Moracia, al Kerko y al Trevizar, que corren por los valles del litoral dalmata.

De clima diverso, que va del alpino al estepario, pasando por el mediterráneo, Yugoslavia se presenta así como un espacio que parece contener no uno, sino múltiples rostros en lo que a sus características geográficas se refiere. La historia bien ha tenido en cuenta esta situación; sobre esto es que nos abocamos a continuación. Antes, sin embargo, quisiéramos citar las palabras de Bernard Féron en torno al complicado mapa que ofrece a nuestros ojos la desaparecida Yugoslavia:

Se presiente su dificultad de existir en cuanto se llega a la atormentada página de los atlas que la contienen: un país erizado de montañas con una costa recortada. Para encontrar el verde que indica el país llano, hay que mirar al norte de Belgrado. También puede distinguirse una estrecha franja verde en el litoral de Croacia llamado Dalmacia y algunas manchas aquí y allá. Antes de la última guerra, los estadistas habían calculado que el 28% del territorio yugoslavo era cultivable (...) Las consecuencias del estado del relieve son evidentes. Durante mucho tiempo fue muy difícil, incluso imposible, establecer una auténtica red de comunicaciones que cubriera todo

este mundo montañoso. En esas condiciones, ¿cómo establecer verdaderamente una autoridad común?¹

La historia, insistimos, no hace caso omiso del estado geográfico de un pueblo; al contrario, muchas veces es esta realidad la que encamina el devenir histórico del mismo en un sentido u otro. Yugoslavia nos brinda, en su misma geografía, buena parte de las posibles respuestas a las inevitables interrogantes que acerca de su destino nos hacemos quienes buscamos comprender lo sucedido.

2. Los orígenes

a) Establecimiento de la población

Vayamos al ineludible encuentro con la historia. Empezamos aquí una revisión de los acontecimientos más significativos que tuvieron lugar en la región que durante el siglo XX fue conocida como Yugoslavia -literalmente, tierra de los eslavos del sur. El análisis no pretende ser exhaustivo: son demasiados siglos de historia aquellos sobre los que hoy buscamos trazar una coherencia lógica. No obstante, consideramos que poniendo el acento ahí donde la historia pueda arrojar indicios acerca de las posibilidades de subsistencia del espacio yugoslavo como unidad política, nuestra tarea revisora habrá de cosechar frutos.

La historia yugoslava, es decir, la historia de la región sobre la que fue establecido el Estado yugoslavo, no comienza con la aparición de los grupos que habrán de conformar dicha unidad política; en un momento dado, esta apreciación podría replegar nuestro horizonte comprensivo hasta el extremo de impedir un entendimiento global de los problemas que en los últimos años han embargado a la región central y oriental de Europa y muy concretamente a Yugoslavia.

¹ Féron, Bernard *Yugoslavia, orígenes de un conflicto*, Madrid, Salvat, 1995, p.17

De esta manera, tenemos que con la excepción de los protofinlandeses - considerados como los antepasados de los actuales finlandeses y estonios-, las primeras poblaciones conocidas en Europa del Este son las indoeuropeas.² Estas poblaciones se desplazan desde la región comprendida entre los Cárpatos y el Ural hacia distintas partes de Europa, lo que implica de hecho una primera diferenciación de las mismas. Por un lado, están los helenos e itálicos, que al entrar en contacto con las civilizaciones mediterráneas coadyuvan al posterior florecimiento de Grecia y Roma. Cimerios y escitas, por su parte, permanecen por largo tiempo en su región original, cuyos límites han sido señalados más arriba, y no es sino hasta los primeros siglos de nuestra era que observan cierta movilidad territorial. Otros tres grupos, dacios, tracios e ilirios, alcanzan durante sus migraciones algunos territorios de importancia en la región de Europa del Este. Los ilirios se establecieron entre el Sava, el Danubio y el Adriático; los dacios entre el Tsa, el Danubio y el Mar Negro; los tracios en los Balcanes³

La civilización griega había intentado, desde el comienzo del primer milenio a.C., extender su poder en las regiones montañosas ubicadas al norte de su territorio. Finalmente, su esfuerzo vería resultados durante los siglos V y IV a.C. a través del establecimiento de colonias en las orillas del Mar Negro, el litoral tracio y Epiro. Mediante esas colonias Grecia fue penetrando poco a poco en los Balcanes

A partir del siglo II a.C. Roma sustituye a los griegos en esa región y refuerza su influencia a través de la creación de la provincia de Macedonia. El destino de los pueblos del este europeo se verá, a partir de entonces y durante varios siglos, seriamente determinado por el desarrollo romano. A través de la creación de las provincias de Noriquia, Panonia, Dalmacia, Trasia y Mesia, el sometimiento de los pueblos de aquella región quedó formalmente establecido. Uno de ellos, los dacios, casi fue eliminado luego de las campañas emprendidas en su contra por parte de Roma a principios del siglo II de nuestra era; una nueva provincia, Dacia, se agregaba al imperio. Para esos tiempos,

² Bogdan, Henry *La historia de los países del este*, Buenos Aires, Vergara, 1991, p.29

³ *Ibidem*.

(...) es asombroso el contraste entre la Europa del Este que permanecía libre y la sometida a Roma. En la primera, las tribus eran nómadas, desorganizadas, divididas: germanos entre el Rin y el Elba, eslavos entre el alto Oder y el alto Diester, bálticos a orillas del Mar Báltico, iazigas y sármatas al norte del Danubio. En la segunda, por el contrario, los territorios estaban bien administrados con ciudades en pleno florecimiento y cuya fundación fue propiciada por Roma con un objetivo, tanto militar como civilizador.⁴

Desde finales del siglo II, con la muerte de Marco Aurelio (en 180), se abre una era de múltiples incursiones en el territorio del imperio romano, conocidas como *Grandes Invasiones* o *Völkerwanderung* -migraciones de los pueblos- para los historiadores alemanes. La primer gran ola de estos desplazamientos, que va del siglo II al V, es resentida con fuerza en Europa del Este en ocasión del arribo de los godos, que se muestran particularmente agresivos en los Balcanes alrededor de 269.⁵ En 337, sin embargo, Constantino logra entablar negociaciones con los jefes bárbaros y procede a otorgarles el reconocimiento de confederados a cambio de la vigilancia de las fronteras danubianas.

Pero la paz estaba lejos de ser definitiva. En 370 hacen aparición los hunos, provenientes de Asia. Esta nueva incursión habría de ser objeto de la más alta preocupación para Roma, a cuyas puertas se encontró el mismo Atila en 452. Sin embargo, a la muerte de éste (453) el poderío de los hunos comenzaría a derrumbarse. El imperio romano de occidente fue poco a poco extinguiéndose, hasta que en 476 desaparece oficialmente. Suerte distinta abraza al imperio de Oriente, que resistió mejor las incursiones bárbaras.

La segunda ola de grandes invasiones inicia en el siglo V, con el arribo a Europa de los longobardos, quienes incluso habrán de celebrar un convenio con Justiniano que permitirá al imperio contar con su apoyo para la reconquista, en 552, de la Italia ostrogoda. Poco después toca el turno a los ávaros, quienes, provenientes del Asia central, evocan los años gloriosos de los hunos. Algo más de un siglo duró

⁴ *Ibid.*, p.31

⁵ *Ibidem.*

esta nueva amenaza, que vio su fin en 662, tras la derrota sufrida a manos de Bizancio en las afueras de Constantinopla.

Esta desaparición momentánea del poder ávaro permitió a los eslavos entrar en la historia.⁶ Provenientes tentativamente de las tierras pantanosas del río Pripet, al norte de Kiev, en Ucrania,⁷ estos grupos comienzan su expansión hacia el sur a finales del siglo VI. El primer resultado de este proceso es la ocupación de Moravia y Bohemia (Checoslovaquia) en los primeros años del siglo VII, así como la dispersión gradual de las tribus que poco tiempo después tendrán en su poder los territorios de Iliria y la mayor parte de los Balcanes. Los eslavos del norte (checos, moravos) permanecieron más o menos autónomos, sometidos alternativamente a los germanos y a los ávaros. Los eslavos del sur, por su parte, se establecieron cada vez más firmemente en los antiguos territorios bizantinos de Iliria y de Mesia con mayor o menor grado de consentimiento del imperio de oriente,⁸ desplazando a dacios, tracios e ilirios. Estos últimos, y esto merece singular atención, al parecer terminaron ocupando el territorio de lo que hoy es Albania.

b) Intentos de emancipación

Una vez instalados en la región del este europeo, los pueblos que durante las dos olas de grandes invasiones buscaron un lugar fijo de residencia comenzaron a observar los primeros indicios de organización autónoma. La situación, en realidad, no favorecía del todo esta inquietud, la parte oriental del imperio que aun se mantenía con vida, si bien habría de iniciar su decadencia, todavía se mostraba lo suficientemente fuerte como para, por lo menos, regular la formación de principados o cualquier otro tipo de organización autónoma. No obstante, cabe aclarar que no todos los pueblos habían caído bajo la influencia bizantina; puede decirse que una vez desaparecido el imperio de occidente, Bizancio y el reino carolingio serán los referentes principales sobre los que habrá de definirse la suerte de los pueblos recién establecidos.

⁶ *Ibid*, p.34

⁷ Oserkovsky, Silvia *Los nacionalismos separatistas que contribuyeron a la desintegración de Yugoslavia*, Tesis de licenciatura, FCPyS UNAM, 1995 p.47

En lo que toca a los eslavos emigrantes, al norte, los checos y moravos habían logrado ya para el siglo IX (874-884) la formación del principado de la Gran Moravia, que conocería su auge con Swatopluk. Otro grupo, el de los protopolacos, aún no daban visos de organización política autónoma.

Los grupos que a nosotros toca analizar, es decir, aquellos que con el tiempo habrán de constituir Yugoslavia, una vez asentados definitivamente en sus respectivos territorios, siguieron por caminos totalmente distintos. Por un lado, los eslovenos se integraron desde fines del siglo VIII al Reino carolingio; oficialmente, esta anexión se concretó hacia 788. Sin duda alguna, la posición geográfica jugó aquí un papel determinante, por lo que difícilmente pudo haberse esperado que los primeros pasos de este grupo apuntaran en dirección distinta. No obstante, cabe tener presente esta orientación inicial -involuntaria, si se quiere- de los eslovenos hacia occidente; parte de las posibles respuestas a los momentos críticos que Yugoslavia hubo de enfrentar durante los últimos años del siglo XX pueden ser extraídas de esta realidad

Los croatas, por su parte, vieron en su localización fronteriza -estaban encerrados entre el Reino carolingio y Bizancio- la oportunidad histórica de emanciparse y adquirir, de esta manera, los primeros fundamentos históricos de su identidad; es a principios del siglo X que bajo la figura de Tomislav consuman la formación de un principado relativamente autónomo. Muy probablemente son ellos, los croatas, los que antes que el resto de los grupos eslavos del sur adquirieron una conciencia más o menos clara de su individualidad (de ello algo nos dice el que hayan sido los primeros en crear para sí una dirección política única). Suerte distinta abraza al pueblo serbio, que para entonces estaba dividido en dos grupos de tribus, uno en Rascia y otro en Zeta. No obstante esta separación, cada una de estas tribus hubieron de convertirse en principados de tipo patriarcal, que de alguna manera representaron los primeros intentos de emancipación serbia.

Durante el siglo X, la expansión árabe en Asia propició el debilitamiento de Bizancio, situación que aprovecharon los pueblos de los Balcanes para

⁸ Bogdan, *Op cit.*, p.34

independizarse. Fueron los búlgaros quienes mejor capitalizaron esta situación; lo hicieron bajo la tutela de Simeón. Sin embargo, alrededor del año 1000, Bizancio logró contener, no sin cierto empeño, la formación de entidades autónomas en los confines de su territorio.

Los siglos XI y XII están caracterizados por un sometimiento relativamente dócil de los pueblos balcánicos con respecto a Bizancio. Sin embargo, con la muerte de Manuel Comneno en 1180, queda abierto un período de constantes luchas de sucesión que, por supuesto, fueron aprovechadas por los pueblos balcánicos. Los serbios, a través de la figura de Stevan Nemanja, logran por fin disolver las barreras establecidas entre las dos tribus principales y consuman la emancipación en 1170. Bizancio aún vivía, pero a partir de entonces uno a otro se fueron sucediendo los golpes que finalmente llevarían al imperio a la total desaparición; se cuentan entre estos, por supuesto, la iniciativa de los pueblos balcánicos de alcanzar su independencia política, la toma de Constantinopla durante la IV Cruzada (1204) y la penetración de los tártaros de 1241 y 1242.

El futuro de los pueblos recién organizados no era, sin embargo, nada promisorio. Ellos, como Bizancio, estaban amenazados por una misma fuerza, incontenible y avasalladora: los turcos otomanos.

Hagamos, antes de continuar con esta revisión histórica, un breve paréntesis para abordar un tema de la más alta importancia. Se trata de la cuestión religiosa. A estas alturas, las diferencias que habrán de acompañar en este ámbito a los pueblos agrupados posteriormente en lo que conocimos como Yugoslavia, estaban ya dispuestas.

Una vez establecidos en territorio imperial, Roma y Bizancio rivalizaron en su empeño por evangelizarlos. A través del arzobispo de Salzburgo y del patriarca de Aquilea, Roma ve sus primeros frutos con la conversión de croatas y eslovenos, consumada durante el siglo IX, aunque desde el siglo III y con mayor énfasis en el IV y V el catolicismo había ya intentado ser difundido en esa zona con logros notables. Incluso, el príncipe Tomislav recibió la corona real de manos del Papa en 925.

Bizancio, en cambio, observó mayor éxito en la región balcánica. Esta penetración religiosa tuvo lugar gracias a la acción persistente de dos monjes hermanos: Cirilo (en cuyo honor el alfabeto glagolítico, luego de su simplificación fue llamado cirílico) y Metodio. En principio, estos personajes procuraron la evangelización en Moravia, pero la hostilidad del clero germánico impidió su labor y pronto se vieron obligados a trasladarse a los Balcanes. Allí, alrededor de 885, su éxito adquirió forma a través de la conversión de los serbios y los búlgaros (ya en 864 el príncipe búlgaro Boris había recibido el bautismo). Con el cisma de 1054, los pueblos añadieron a las ya de por sí marcadas diferencias entre ellos una polarización religiosa que habrá de mantener su fuerza en adelante, aun a pesar de los esfuerzos por hacer desaparecer su influencia sobre los individuos en aras de la construcción de identidades políticas distintas. Así pues, en medio de una abierta diferenciación en el terreno religioso, los pueblos de los Balcanes, católicos algunos, ortodoxos otros, se veían amenazados por la entrada de las fuerzas de un imperio musulmán que también hará sentir su influencia en el terreno de la fe.

3. Los imperios

a) Los serbios bajo el dominio otomano

La herida abierta por Stevan Nemanja en el seno del imperio bizantino habrá de hacerse cada vez más profunda. Los efectos provocados por la emancipación encabezada por este personaje serbio han de ser evaluados, sin embargo, más en el marco del fortalecimiento de una identidad serbia que en el del propio debilitamiento del imperio de oriente. La dinastía generada por Nemanja (de los llamados Nemjánidas) encabezará la formación de una entidad política que para mediados del siglo XIV evocaba ya la de un verdadero imperio. Durante los gobiernos de Esteban VI Uros II (1282-1321) y Esteban VIII Uros III (1321-1331), Serbia logró extender su zona de influencia a Macedonia y Bulgaria. Pero fue bajo el reinado de Esteban IX Duchán (1333-1335) que se conoce el verdadero apogeo serbio; para ese entonces, formaban

parte del "imperio" Rascia, Zeta, Macedonia, Albania y Tesalia hasta el Golfo de Corinto.⁹

Este fortalecimiento serbio llevó incluso a una ruptura religiosa: en 1346, el arzobispo Pec fue nombrado "patriarca de todos los serbios", consumando así la separación definitiva de la iglesia ortodoxa serbia con respecto a Constantinopla. Así pues, el poder de Serbia había alcanzado ya niveles dignos de consideración; quizá sea por esta razón que el propio Duchán fuera conocido como el "Carlomagno de Serbia".¹⁰ Esta situación, empero, no hubo de evitar que el poderío otomano hiciera acto de presencia en la región y sometiera a los pueblos de los Balcanes durante cinco siglos. Pero veamos algo acerca del desarrollo del imperio turco.

Hasta finales del siglo XIII, los turcos seljucidas eran los dueños de la región de Asia Menor. Pero es alrededor del año 1300 que este poder comienza a ceder ante la fuerza de otro grupo de turcos, procedentes del Asia central, conocidos como turcos otomanos, que debían su nombre al jefe militar Otomán (1288-1326). Bajo la acción política de este hombre, los turcos lograron establecer en Asia Menor un Estado musulmán sumamente poderoso que disponía, además, de un ejército realmente organizado. Más pronto que tarde, las últimas posiciones griegas en Asia pasaron a manos de este nuevo imperio (Nicea, en 1329 y Nicomedia, en 1337).

Al mando de Murad I, los ejércitos turcos lograron infiltrarse en los Balcanes, evitando así un enfrentamiento prematuro con Bizancio. La muerte de Duchán, acaecida en 1370, significó una vez más la división de Serbia en dos regiones, sólo que esta vez se trataba de una zona norte, aún en manos de los herederos, y de una sur, envuelta en una pugna constante por el poder. Pronto, muy pronto (en 1371), Murad ocupó la parte sur de Serbia, misma que no presentó resistencia militar. Sofía, el siguiente territorio en turno, cayó en 1385. La parte septentrional de Serbia resistió con mayor fuerza la ofensiva turca pero, finalmente, el 15 de Junio de 1389 en la llanura de Kosovo, el príncipe serbio Lázaró fue aplastado a manos de Murad, que murió en la batalla. Lázaró no perdió la vida, o al menos no en ese momento: fue

⁹ *Ibid*, p. 58

¹⁰ *Ibidem*

hecho prisionero y decapitado poco tiempo después. Mantengamos en la memoria un hecho de la más alta trascendencia. con el repliegue de los serbios hacia el norte, la región de Kosovo se convertirá en el hogar de un gran número de albaneses cuyo establecimiento fue consentido, incluso promovido, por los propios turcos.

Pese a todo, hubo un intento más de emancipación por parte de los serbios (y de los búlgaros) inmediatamente después de la derrota de Kosovo. Sin embargo, fue en los mismos comienzos del siglo XV que Murad II, luego de una reconstrucción del poderío otomano, logrará someterlos de nuevo. Un intento más por evitar la implantación de un poder musulmán en los Balcanes fue el que encabezó el válcico Juan Hunyadi. Alrededor de 1450, este personaje organizó una defensa basada en un sistema de fortalezas, cuya cabeza estaba localizada en Belgrado. Poca fue la eficacia de esta nueva resistencia; el ejército turco se mostraba arrollador en todos los aspectos. Así, en 1521 los invasores provenientes de Asia se apoderaron de la fortaleza de Belgrado, que ya para ese entonces mantenía más fuerza simbólica que práctica.

El dominio turco en la región balcánica será prolongado. Los pueblos, sin embargo, no serán objeto del mismo trato. Mientras que a los albaneses y a los rumanos se les dio cierto margen de acción, e incluso ciertas garantías en cuanto a *sus formas de organización política*, los serbios habrán de sufrir los estragos de una ocupación militar agobiante. Sólo aquellos que habitaban la región de Montenegro lograron mantenerse a raya en relación al poderío turco gracias a una especie de confederación de tribus dirigidas por un jefe llamado *vladika*.

En lo que toca a los serbios de Bosnia, muchos de ellos vieron en la conversión religiosa una gran oportunidad para evitar que la tutela turca se manifestara de forma agresiva, ya en el plano militar como en el económico, puesto que la base sobre la cual fue establecido el sistema de dominación imperial otomano era meramente tributaria. Evidentemente, no parecía seducir a los turcos la idea de un eventual intercambio cultural con los territorios dominados; los abismos eran casi insalvables. El caso de Bosnia es de suma importancia, puesto que con la conversión al Islam, nace en los Balcanes una nueva categoría: la de los eslavos musulmanes.

Fuera de este caso, la iglesia serbia fue el alma de la resistencia. Los turcos asumieron la diferencia religiosa e incluso podría decirse que hasta la promovieron. Sin embargo, la tolerancia turca se vio interrumpida en 1690, cuando como represalia ante la huida de miles de serbios a territorio húngaro bajo la dirección del patriarca de Pec, Arsenije III, este patriarcado fue suprimido, quedando el clero serbio, por iniciativa turca, bajo la jurisdicción de la iglesia griega. Así, en Serbia, como en Bulgaria, el clero griego resultó ser un agente eficaz del poder turco.¹¹

b) La región de los Habsburgo

La emancipación croata que tuvo como guía a Tomislav alrededor de 925, fue ratificada mediante el reconocimiento en 969, por parte del emperador Basilio II, del príncipe Drgislav como rey de Croacia y de Dalmacia, cuya iglesia permanecía fiel a Roma. Para finales del siglo X y principios del XI, Croacia quedó unida a Hungría, con lo cual permitía a esta última tener acceso al mar al tiempo que aportaba su parte para la futura concreción de uno de los imperios multinacionales más importantes de los últimos siglos. A diferencia del destino seguido por los serbios, los croatas mantuvieron, con su anexión a Hungría, tanto sus instituciones como ciertos privilegios otorgados por ésta última a través de la creación de una figura política conocida como *Ban*, que era representante del rey.

El destino del pueblo croata, como el del serbio, quedaba así en manos del imperio al que se sujetaba. La gran diferencia estriba, sin embargo, en el mayor grado de *occidentalización* experimentado por el imperio austro-húngaro. Así, mientras los serbios se veían en la necesidad de resistir los embates del imperio turco, los croatas participaban, ciertamente no en la medida que quizá hubieran deseado, del florecimiento económico húngaro que durante el siglo XIV se materializaba con el nacimiento del florín. Para ese tiempo, "la tercera parte del oro producido en el mundo conocido y la cuarta parte de la plata extraída de Europa provenían de las minas de Hungría".¹²

¹¹ *Ibid*, p.73

¹² *Ibid*, p. 51

Durante el siglo XV, bajo el gobierno de Matias Corvino (hijo del anteriormente citado Juan Hunyadi), Hungría se convertiría en el centro de un vasto imperio cuyo eje era el Danubio y del que Croacia formaba parte. No deja de tener importancia el hecho de que el ochenta por ciento de la población del imperio húngaro fueran magiares. Esto, sin ninguna duda, implicaba la condición de minoría para los croatas (que eran eslavos); la importancia de este hecho habrá de advertirse, sobre todo, en el momento en que el discurso yugoslavo emerge como panacea.

Por otra parte, las características del imperio húngaro, a diferencia de las que ofrecía el turco, favorecieron el desarrollo de ciudades, al tiempo que los sistemas de enseñanza adquirían nuevos bríos con la penetración de las ideas generadas por el Renacimiento. Por citar un ejemplo, en Buda, que era el centro político del imperio, al correr del siglo XV, fue construido un palacio cuyos muros exhibían obras de maestros italianos de la talla de Verrocchio y Botticelli.

Con la unión de los reinos de Austria y Hungría , y la consecuente conformación del imperio Astrohúngaro, quedaba definido el mapa geopolítico de la Europa centro-oriental. Será hasta fines del siglo XVIII que el llamado "despertar de los pueblos" generará las modificaciones a las fronteras que, entre otras cosas, habrá de dar vida a la hoy extinta Yugoslavia.

4. Hacia la construcción de Yugoslavia

a) El fin del yugo imperial

A partir del siglo XVIII, el hecho nacional cobra vida en los pueblos del centro y este de Europa que permanecían sometidos a la voluntad imperial. "Esta toma de conciencia fue realizada por la parte más esclarecida de la población, aristocracia, clero, medios intelectuales, y se vio favorecida por influencias externas."¹³ En lo que toca a los serbios, es a comienzos del siglo XIX que la lucha por la independencia se renueva. En 1804 tiene lugar un primer intento de sublevación contra el imperio

otomano dirigido por Jorge Karageorge. En 1812-1813, la insurrección es duramente reprimida, obligando a Karageorge a refugiarse en Hungría. En 1815, un nuevo levantamiento, esta vez bajo la dirección de Milos Obrenovich, logra concretar en el reconocimiento de éste último por parte del Sultán como *knes* (gobernador) de Serbia. Dos años más tarde, en 1817, los turcos reconocen la existencia de un principado serbio autónomo, aunque no por ello esta región dejará de ser parte del imperio; el pago de tributo y el mantenimiento de guarniciones turcas en las principales ciudades, dan cuenta de esta realidad. La rivalidad generada entre Karageorge y Obrenovich por la tutela serbia llevó a este último al asesinato del que fuera el promotor inicial de la guerra de liberación. Con ello, sin embargo, no culminaría el conflicto: durante gran parte del periodo que precede la formación de Yugoslavia los sectores representantes de uno y otro bando permanecerán enfrascados en constantes luchas por la dirigencia del movimiento. Para 1830, Serbia estaba ya constituida como principado hereditario autónomo; se calcula que para entonces dicho régimen gobernaba sobre unas 660 mil personas. En 1832 la iglesia serbia rompe una vez más con el Patriarca de Constantinopla; tanto el metropolitano como los obispos serán designados por el clero interno.

El principado establecido por Miloch será sumamente autoritario. Declinará en favor de sus hijos Milan (1838-1839) y Miguel (1839-1842), éste último despojado del trono por Alejandro Karageorgevich (1842-1859). En 1860, sin embargo, Miguel recupera la posición política suprema de principado. Los Obrenovich permanecerán en el trono hasta 1903. En Junio de ese mismo año, un nuevo despojo es perpetrado: unos conspiradores, introducidos durante la noche en el palacio real, descubren al rey Alejandro y a la reina Draga escondidos en una especie de alacena para después propinarles la muerte, provocando el ascenso de Pedro Karageorgevich, quien se convertirá en el célebre rey Pedro de Serbia.

El despertar de los serbios de Serbia no fue sólo político; fue también intelectual. La enseñanza realizó sensibles progresos. En 1835, no había en Serbia más que sesenta escuelas primarias y ninguna secundaria; en 1859, el número de escuelas alcanzaba a trescientas cincuenta y dos, quince de las cuales eran para mujeres. Había que sumar a ello el liceo de Belgrado, abierto en 1855. No obstante, los serbios de Serbia estaban muy

¹³ *Ibid*, p.86

atrasados en este aspecto, en comparación con sus hermanos que vivían en territorios de la monarquía austriaca ¹⁴

Al tiempo en que los serbios cobraban conciencia de su identidad cultural y reclamaban para sí un caparazón político, el imperio otomano se caía en pedazos. Este debilitamiento provocó que en 1912 sus últimos territorios fueran reconquistados por una liga de pueblos balcánicos cristianos conformada por búlgaros, griegos, montenegrinos y, por supuesto, serbios (empresa concebida originalmente por los rusos). Este hecho fue sin duda el que llevó a la primera guerra de los Balcanes (1912), en la cual un frente común, integrado por los pueblos arriba señalados, se dieron a la tarea de dar el tiro de gracia a un imperio turco que ya desde 1850 era llamado "el hombre enfermo de Europa". La creación de una Albania independiente es resultado inmediato de esta guerra; otro, de mayor importancia, fue el estallido de una segunda guerra balcánica (1913), esta vez entre los otrora aliados en ocasión de las disputas generadas por el destino de Macedonia, que finalmente quedaría, casi totalmente, en manos de los serbios.

El caso de los croatas y los eslovenos reviste menor complejidad. Como es sabido, la unidad del imperio astro-húngaro reposaba sobre los pactos de fidelidad que unían a los pueblos a la dinastía de los Habsburgo, así como en el funcionamiento preciso de una burocracia excesiva y en la vigencia de la Iglesia católica y la aristocracia como focos incuestionables de poder político. No obstante, durante los años difíciles de 1848, una iniciativa de independencia croata obligará a una guerra que culminará con la renovación del pacto entre Croacia y la monarquía austriaca. Este nuevo encuentro, ocurrido en 1868, habrá de fortalecer los lazos de unión entre ambas partes, lo que necesariamente traerá consigo el fortalecimiento del imperio, que ahora contemplaría la existencia de un nuevo reino autónomo (Croacia-Eslavonia), cuya administración sería particular, sin dejar, obviamente, de sujetarse a la dinastía. El problema de fondo, sin embargo, había sido ya planteado: ¿cómo hacer convivir, en la era de las naciones, a éstas en el marco de una estructura imperial que ya para entonces se antojaba obsoleta?

¹⁴ *Ibid.*, p. 73

Para 1914, Croacia, Eslovenia y Bosnia-Herzegovina seguían siendo súbditos *no demasiado conflictivos de la doble monarquía austro-húngara. La idea yugoslava, sin embargo, comenzaba a ponerse en marcha, lo que se ratificó con el surgimiento, en 1915, de un comité yugoslavo en Londres. Y es que, efectivamente, desde finales del siglo XVIII y prácticamente durante todo el siglo XIX, los eslavos del sur*

(...) buscaron atenuar las divisiones que separaban a los serbios ortodoxos de los croatas y de los eslovenos católicos. Tres escritores sobre todo originaron una renovación cultural y trataron de dar a los eslavos del sur un idioma común. Fueron el esloveno Jernej Kopitar (1780-1844), el serbio Vuk Karadjich (1787-1864) y el croata Luis Gaj (1809-1872). Los tres fueron los creadores de un idioma literario, el *serbo-croata*.¹⁵

b) El Reino serbio, croata y esloveno y el Reino de Yugoslavia.

Con la muerte de Alejandro, en 1903, termina el conflicto en torno a la dirigencia serbia. El joven serbio, Dragutin Dmitrievich, en cuyas manos estuvo la ejecución del asesinato, pasa a la historia no sólo como el cerebro detrás del cual se concretó esta infamia, sino, lo que es más importante, como el fundador de una organización terrorista conocida como "unificación o muerte", más tarde llamada la "mano negra". Así, el gobierno serbio contaba ya con un brazo clandestino armado, cuya función era fomentar, a través de actos terroristas, la formación de un Estado que lograra eventualmente aglutinar a los eslavos del sur. Acaso no imaginaban que sus esfuerzos se verían coronados en poco tiempo.

El asesinato del archiduque Francisco Fernando (en 1914) que sirvió de pretexto para el comienzo de la primera guerra mundial, se debe ciertamente a la acción persistente de esta organización terrorista. La respuesta de la corona austro-húngara, al percatarse de que el asesinato había sido cuidadosamente preparado en Belgrado, luego de asegurar el apoyo de Alemania, no dudó en encarar a Serbia, proponiéndole una serie de medidas encaminadas al esclarecimiento del crimen que, de antemano, parecían inaceptables. Así ocurrió. Esta es la antesala de la guerra; con la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia comienza la caída de la "paz de

los cien años" que, con la leve excepción de la guerra franco-prusiana de la segunda mitad del siglo XIX, había mantenido a Europa en condiciones de paz singularmente únicas.

Con el triunfo obtenido por los aliados, Serbia vio más cerca que nunca la posibilidad de llevar a la práctica sus aspiraciones emancipadoras (y dominadoras). Esta ilusión encontraba su fundamento en la cercanía que esta nación observaba con respecto a Rusia. La participación de Serbia en la guerra no había sido lo suficientemente honrosa como para que por los resultados obtenidos por ella sola se viera en posición de reclamar o hacer valer ante las potencias vencedoras ninguna reivindicación. No obstante, si tratáramos de encontrar en sus méritos propios algunas razones de peso, diríamos que fue gracias a esa persistencia y a esa voluntad mostrada cuando quizá lo más recomendable era rendirse, que Serbia debió el hecho de que la reconstrucción del mapa político de los Balcanes apuntalara la materialización de una aspiración que hasta entonces le había sido negada por la historia.

Las bases sobre las que el nuevo acomodo fronterizo de la Europa central y oriental fue llevado a cabo pueden advertirse a través de la lectura de los famosos catorce puntos que el presidente Wilson presentó al congreso de los Estados Unidos el día 8 de Enero de 1918. De dichos puntos, el diez y el once hacían referencia abierta a la suerte de los pueblos en cuestión. El punto diez decía: "A los pueblos de Austria-Hungría ha de asegurárseles la más libre oportunidad de un desarrollo autónomo".¹⁶ En este sentido, veamos que no sólo estaba en juego el destino de los serbios, sino también el de los croatas, eslovenos, checos y eslovacos. Por su parte, el punto once recomendaba que: "Rumania, Serbia y Montenegro han de ser evacuadas; los territorios ocupados, devueltos; a Serbia se le debe permitir libre acceso al mar".¹⁷ Al fin, estas "recomendaciones" fueron acatadas por Alemania y Austria-Hungría durante el otoño de 1918.

¹⁵ Bogdan, *Op.cit.*, p.99

¹⁶ Bazant, *Jan Breve historia de Europa central*, El Colegio de México, México, 1993 p. 107

¹⁷ *Ibidem*.

Cabe preguntarse si este nuevo orden fronterizo tuvo por origen la benevolencia, y aun el deseo irrenunciable de las potencias vencedoras de que los pueblos europeos sometidos durante prácticamente toda su historia vieran finalmente delimitados sus territorios y establecidos los poderes centrales sobre los que ulteriormente habrán de aspirar a un desarrollo autónomo. Si la respuesta es afirmativa, no queda más que aludir al desmantelamiento de los imperios como un hecho secundario; pero, de no ser así, entonces habría que cuestionar duramente el que se pretendiera establecer Estados justo ahí, donde quizá la historia hubiera obligado, por lo menos, a una previa búsqueda de acuerdos en torno a los cuales los nuevos países pudieran aspirar a mantenerse con vida.

De esta manera, para 1918-1919, con el regente Alejandro al frente, nacía un nuevo reino constituido por la fusión de Serbia con ciertas partes de Austria-Hungría y Bulgaria, Montenegro y Macedonia. En 1921, Alejandro se erige como rey de este nuevo Reino Serbo-Croata-Esloveno.

La diversidad que encerraba el espacio del Reino puede resumirse en estos datos: religiosamente, los serbios, al igual que los montenegrinos y los habitantes de Macedonia eran ortodoxos; croatas y eslovenos profesaban el catolicismo; los bosnios, por su parte, eran en su mayoría musulmanes. A pesar de que tanto serbios como croatas se valían de una misma lengua, el serbo-croata, utilizaban alfabetos distintos: el cirílico y el latino (para serbios y croatas respectivamente). Económicamente, la región católica mostraba mayor desarrollo, sin embargo, el poder político estaba en manos de los serbios. el rey era serbio, la capital del Reino era Belgrado y la policía, el ejército y la burocracia estaban también bajo dominio serbio.

Pronto esta realidad comenzó a manifestarse en el marco del debate jurídico. Por un lado, tanto croatas como eslovenos pugnaban por la implantación de una constitución de carácter federalista, mientras que los serbios hacían lo propio con respecto al mantenimiento de un poder central. La Constitución es votada el 21 de Junio de 1921 en favor de los intereses serbios, con lo que los temores croatas y eslovenos quedan totalmente justificados. Además de esto, el país quedaba dividido en 35 unidades administrativas que carecían de cualquier fundamento histórico. Baste

citar las palabras con que algún personaje público croata refiere lo que ocurría: "Del marco europeo en el que vivíamos nos precipitan a toda velocidad en el marco asiático".¹⁸

El 20 de Junio de 1928, la discusión desborda el terreno político: durante una sesión del parlamento, un diputado serbio dispara contra miembros del partido federalista croata, matando a dos de ellos e hiriendo mortalmente a Radic, dirigente de dicha institución. El caos se apoderó de la política, y el 5 de Enero de 1929 el rey Alejandro I, que ocupó el trono luego de la muerte de su padre en 1921, proclama la instauración de una dictadura personal, alegando el desorden, que era innegable, y suspendiendo la Constitución del 21.

Dos años duró la dictadura. Durante este periodo, el Reino cambió de nombre, a partir del 3 de Octubre de 1929 se llamaría Reino de Yugoslavia. Es evidente que la intención de Alejandro I era evitar el desarrollo de tendencias nacionalistas al interior de lo que él quería hacer pasar como un reino uniforme. Así pues, bajo la premisa de propagar un yugoslavismo efímero, el 3 de Septiembre se promulga una nueva Constitución, encaminada al restablecimiento del orden parlamentario. La verdad, sin embargo, puede leerse en estas cifras:

Entre 116 generales en activo, sólo hay un croata y ni un solo esloveno. Entre 1,508 alumnos de la escuela militar hay 140 croatas y 50 eslovenos Treinta de 31 funcionarios de la Casa Civil real son serbios. En el Ministerio del Interior, hay 127 funcionarios serbios entre un efectivo de 135. En el Ministerio de Justicia, 116 de 137. En el Ministerio de Asuntos Exteriores, 180 de 219 y ni un solo esloveno, ni un croata con cargos directivos, excepto el jefe de la misión diplomática en la Santa Sede.¹⁹

Esta situación auspicia el surgimiento de ligas clandestinas como la que encabezaría Ante Pavelic, quien a través de la organización de un grupo croata conocido como *ustachi* (sublevación) aprovecha la frustración de sus compatriotas. Contando con el apoyo de Italia, Pavelic, que apela al fascismo, se da a la tarea de

¹⁸ Féron, *Op. cit.*, p. 26

¹⁹ *Ibid*, p. 27

eliminar al rey Alejandro. Fue en manos del macedonio "Vlad", reclutado en Italia durante un exilio forzado del líder croata, que recayó la responsabilidad del asesinato, perpetrado el 9 de Octubre de 1934 en Marsella, durante una visita de aquel al gobierno francés; en el atentado también fue herido el ministro galo asuntos exteriores, Louis Barthou. Al frente del gobierno central debía estar el príncipe Pedro, pero como su edad era mínima (tenía entonces once años) se estableció una regencia dirigida por su tío, el príncipe Pablo.

Paradójicamente, el crimen no genera rupturas de consideración; existe una impresión de calma momentánea en el ambiente político. El 24 de Agosto de 1939, los croatas obtienen lo que tanto habían deseado: el derecho a establecer su propio parlamento en Zagreb. Además, se permitió la entrada de seis croatas, entre ellos el doctor Maceck (sucesor del desaparecido Radic al frente del partido federalista croata) en el gobierno de Belgrado, al igual que seis eslovenos y dos representantes de las otras comunidades. Pero era demasiado tarde: a principios del mes siguiente estallaba la segunda guerra mundial, que habrá de dar fin a la primera Yugoslavia.

5. La era de Tito

a) La guerra y la desaparición de Yugoslavia

Durante los años que precedieron el estallido de la segunda guerra mundial, Alejandro buscó establecer una especie de alianza con Checoslovaquia y Rumania, quienes, al igual que Yugoslavia, tenían razones suficientes para temer reivindicaciones territoriales italianas, húngaras y búlgaras incitadas principalmente por Alemania. Inclusive, el viaje emprendido por el rey yugoslavo a Francia tenía como objetivo la consolidación de la "pequeña entente", frente a la cual los franceses mostraban abierta inclinación.

El nuevo regente, Pablo, no mostraba las mismas inclinaciones; su posición apuntaba, más bien, al entendimiento con aquellos que aparecían como agresores potenciales. Así, el 25 de Marzo de 1941, el gobierno yugoslavo pactó con Alemania a través de la firma de un tratado de alianza. La medida ocasionó enérgicas protestas; militares sublevados expulsaron al regente Pablo y, posteriormente, fue declarada la

mayoría de edad del nuevo rey Pedro II. Fue a petición de éste último que el general Duchan Simovic se dio a la tarea de formar un gobierno de Unidad Nacional, cuya orientación internacional favorecía a los enemigos de las potencias del Eje. Esta situación dio origen a un nuevo problema de carácter interno: como los cuadros que nutrían el nuevo gobierno eran de origen serbio, tanto croatas como eslovenos aludieron a ese hecho como una virtual quiebra del compromiso contraído antes del conflicto. Así las cosas, la nueva estrategia emprendida por el gobierno de Unidad Nacional concretizó con la firma de un tratado de amistad con la URSS el día 5 de Abril del mismo año. Los resultados de este hecho pronto habrían de advertirse: Alemania bombardeó Belgrado al día siguiente. El ejército yugoslavo capituló doce días más tarde.

Inmediatamente después de la consumación de la derrota, los ocupantes procedieron a una virtual repartición del país. Yugoslavia dejaba de existir y su territorio quedaba dividido de la siguiente manera: los alemanes reclamaron la parte norte de Eslovenia, mientras que el sur quedaba en manos de Italia; una parte de Croacia, presidida por el jefe ustachi Ante Pavelic (quien llegó al territorio "en los furgones del ejército italiano"), obtuvo su independencia, aunque esta fuera sólo reconocida por los países invasores, quienes, además, consintieron la anexión a este nuevo gobierno autónomo de Bosnia-Herzegovina y de una parte de Serbia; la región de Dalmacia era también posesión italiana, una parte de Serbia, Voivodina, cuyos habitantes son en gran número de origen magiar, fue depositada en manos de Hungría; Italia recibió también Kosovo (a título de posesión albanesa), una parte de Macedonia y la "protección" de Montenegro; por último, la mayor parte de Macedonia se convirtió en territorio del aliado búlgaro.

Es así como Yugoslavia fue desmembrada por las fuerzas del Eje. Las consecuencias de esta nueva organización territorial, que habrá de permanecer durante los cuatro años subsecuentes fueron, como puede advertirse, de una gran magnitud, sobre todo en lo que toca al futuro de las relaciones entre croatas y serbios. ¿Qué fue de los serbios que habitaban los territorios bosnios y serbios anexados por el fascista Pavelic a Croacia? Pues bien, estos hombres no tenían más que tres opciones: "que se hicieran croatas o se convirtiesen al catolicismo, o que

desapareciesen (...) los ustachis masacraban sin piedad".²⁰ Se calcula que durante los cuatro años que duró la pesadilla, más de 750,000 serbios fueron asesinados, a menudo después de haber sido torturados.²¹

b) Surgimiento de Tito

Ante esta virtual repartición del territorio yugoslavo, sus habitantes recurrieron a la estructuración de frentes de resistencia que en principio, seguramente, hubieran deseado conjurar la ocupación, pero que ante lo inevitable orientaron su lucha hacia la recuperación de lo perdido. Dos focos de resistencia pueden ubicarse con claridad: por un lado, el oficial Dragomir Mihailovic se puso al mando de un ejército serbio al que nombró *chetniks*, término que aludía a los grupos de campesinos serbios que lucharon frente al invasor turco; finalmente este grupo hubo de buscar auspicio en las montañas. Por otra parte, una vez emprendida la campaña militar contra Rusia, surgieron los *partisanos* (guerrilleros), de filiación comunista y comandados por el croata Josip Broz, mejor conocido como *Tito*.

Los *chetniks*, quienes desde el verano de 1941 combatieron a los alemanes y en consecuencia generaron la muerte por venganza de gran cantidad de civiles serbios, emprendieron a su vez una "campaña de purificación" en contra de croatas y musulmanes. Más importante fue el accionar de los *partisanos*, que de ser un puñado de hombres en 1941, para 1944 sumaban la nada desdeñable cantidad de 350,000 elementos. Como puede suponerse, pronto éstos últimos se convirtieron en la fuerza resistente más importante, lo que llevó a Mihailovic a pactar de inmediato con las fuerzas enemigas para evitar que un grupo de comunistas se apoderara del país.

El 29 de Noviembre de 1943, Tito y sus colaboradores convirtieron el comité de liberación nacional en gobierno provisional yugoslavo, en el marco del Segundo Congreso Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia celebrado en la localidad de Jajce, en las montañas bosnias. Las batallas que Tito y el nuevo gobierno habían

²⁰ *Ibid*, p. 30

²¹ *Ibidem*.

de librar eran todavía bastantes, sin embargo, el nacimiento de la segunda Yugoslavia puede fijarse ese momento.

El apoyo militar necesario para que en unos cuantos años los partisanos lograran inclinar la balanza en su favor, se debió sin duda al apoyo irrestricto que para dicha empresa brindó el gobierno británico, cuyas tropas arribaron a territorio yugoslavo, concretamente al cuartel partisano, en mayo de 1943. Digna de mención es la ausencia de elementos soviéticos en esos años difíciles (su aparición ocurre en febrero de 1944): antes, paradójicamente, llegó a tierras yugoslavas la misión norteamericana.

Al final de la guerra, Yugoslavia tenía dos gobiernos. Uno encabezado por el rey Pedro, en Londres, y otro, casi funcionando, en el interior del país con Tito al frente. Por iniciativa del gobierno británico, hubo intentos de acercamiento entre ambas posiciones con vistas a una suerte de fusión que redituara en el establecimiento de un gobierno único. Ante el fracaso de estos intentos de conciliación y, sobre todo, ante la imperiosa necesidad de establecer un poder central cuanto antes, Tito resuelve condicionar la vuelta del rey al país a la realización de un plebiscito que avalara este suceso. Esto último no sucedió, por lo que el 29 de Octubre de 1945 una Asamblea Nacional declaró que Yugoslavia sería una República Federal popular cuyo dirigente sería, evidentemente, el mariscal Tito.

c) La Yugoslavia del mariscal

Comienza así la historia de uno de los gobernantes europeos más significativos de la segunda mitad del siglo XX. Beneficiario del apoyo popular, hábil y magnífico lector de las circunstancias en que había de moverse, Tito "presumirá de ser paladín del socialismo puro".²² A la sombra de una multiplicidad de condiciones singulares, el nuevo jefe del gobierno yugoslavo erige sobre las cenizas de un reino efímero un Estado sorprendentemente sólido, al menos en apariencia. A esta situación colaboran, sin duda, varios factores tanto externos como internos. Antes, sin embargo, de ir al análisis del entorno internacional y de las características del

²² *Ibid*, p. 34

gobierno titista, abordemos brevemente algunos aspectos biográficos de este singular personaje.

Tito -Josip Broz-, nació en una aldea croata en el año 1892. De su adolescencia conocemos el que haya laborado unos años como aprendiz de cerrajero. En 1914, el ejército austro-húngaro lo incorpora a sus filas para combatir contra las fuerzas rusas; es capturado en la campaña y durante su estancia en Rusia se hace comunista y pasa a formar parte del Ejército Rojo. Al regresar a Yugoslavia participa activamente en el Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos de Zagreb, del que será secretario en poco tiempo; desde ahí coordina la formación de células comunistas. Arrestado en 1928, Tito entra en contacto con Moshe Piyade, de quien habrá de recibir buena parte de los fundamentos teóricos del marxismo. Una vez más, Josip Broz se traslada a Moscú, sólo que en esta ocasión lo hace para recibir un curso sobre "marxismo avanzado" a manera de iniciación para su posterior traslado a la Europa occidental como agente comunista. En París coordina parte de los viajes de los comunistas europeos a la Guerra Civil Española, aunque ciertamente él no participa en dicha contienda. A partir de 1937, Tito es el encargado del movimiento comunista clandestino en Yugoslavia. En esas condiciones es sorprendido por la guerra, lo que le lleva a la organización de los partisanos. Lo que siguió después, hasta la conformación de la República de Yugoslavia, lo hemos tratado ya. Veamos ahora cuáles son las características del gobierno titista, que se prolongará hasta 1980, año de la muerte de este singular personaje.

El reacomodo político que siguió a la guerra decretó para los países del Este europeo una sujeción inmediata al poder soviético. El caso yugoslavo será particularmente distinto: Tito encabezará un régimen político que habrá de caracterizarse por la puesta en marcha de mecanismos económicos y políticos que él consideraba propios; esta presumible exclusividad no nació, sin embargo, de un cuerpo doctrinario fijo y predispuesto, sino de una realidad que poco a poco fue cercando a la recién proclamada República Federal Yugoslava. En efecto, en el caso yugoslavo, la práctica precede a la teoría; las presiones políticas externas se expresarán en la conformación de un régimen *no alineado*, que será, al mismo tiempo, el rasgo decisivo del titismo.

Naturalmente, la puesta en marcha de políticas propias estuvo precedida de una ruptura con el régimen soviético. La pregunta acerca del momento preciso en que ésta ocurre puede remontarse a los años aciagos de la guerra, puesto que oficialmente Rusia seguía considerando como gobierno yugoslavo al que desde el exilio encabezaba el rey Pedro; la ausencia de la misión soviética en territorio balcánico puede muy bien obedecer a esta misma causa. Al terminar la guerra, Tito alegaba que la revolución yugoslava poseía un carácter único en la medida en que había triunfado sin ningún apoyo; esto, ciertamente, constituía una mentira, puesto que el apoyo occidental, principalmente británico recibido por iniciativa de Churchill, fue fundamental en los momentos decisivos de la guerra; el argumento de Tito, sin embargo, no dejaba de tener cierta lógica: a la URSS era quizá a quien menos debía la *Yugoslavia liberada una muestra de agradecimiento como consecuencia del triunfo nacional*.

El prestigio de Tito en el mundo comunista es grande. En agosto de 1947, discute con el jefe búlgaro Dimitrov los posibles límites de una federación comunista balcánica que, aparte de los dos países que ellos representaban, debía incluir a Albania y, eventualmente, también a las democracias populares de Europa central. La ruptura con la URSS es inminente: Stalin no tolera que se erija en rival a quien tiene por satélite.

En ese mismo año, Stalin promueve la creación de una Oficina Comunista de Información, que será conocida como Cominform. La sede de esta institución, para muchos nueva versión de la Internacional Comunista, será, no fortuitamente, Belgrado. Precisamente es desde ahí que Stalin pretende instrumentar una ofensiva contra el gobierno de Tito que llevará, al fin, a un distanciamiento definitivo. El 28 de Junio de 1948, esta instancia resuelve que el PC yugoslavo debe ser expulsado de la fraternidad comunista y recomienda que "los intereses de la existencia y el desarrollo del Partido Comunista Yugoslavo exigen que se ponga fin al actual régimen yugoslavo"²³. No hay que ser demasiado crítico para advertir que esto equivalía a una abierta invitación a derrocar, por cualquier medio, al mariscal Tito.

²³ Bazant, *Op. cit.*, p.119

Una vez formalizada esta ruptura, los adeptos a cada una de las posiciones se encargaron de llevar la disputa al terreno ideológico. "Los ideólogos de Belgrado construyeron teorías que sólo los iniciados -y no siempre- comprenden".²⁴ Tito, acusando la deformación comunista estaliniana, pone en marcha un nuevo tipo de comunismo que juzga más humano. Gracias a este viraje, Yugoslavia participa de los créditos y de la protección occidentales.

Durante 1949 surgen en las ciudades más importantes los primeros consejos obreros, y el 27 de Junio de 1950, el parlamento aprueba la Ley de Autoadministración Obrera, que establecía la instauración de la autogestión, por parte de los obreros, de las empresas que hasta entonces eran propiedad estatal. La iniciativa había sido presentada por el propio Tito a la Asamblea Nacional. He aquí algunos de los lineamientos del sistema implantado por Tito.

Los trabajadores de cada empresa se transformaron en administradores de la parte de la propiedad social en la forma de la maquinaria, los edificios, etc. Ejercían la administración a través de consejos obreros previamente elegidos que constaban de 15 a 120 miembros (según el tamaño de la empresa), y por los consejos de administración compuestos por menos de una decena de miembros, escogidos por los consejos obreros y que incluían al director de la empresa, que no tenía derecho a votar.²⁵

Otra más de las consecuencias de la ruptura con la Unión Soviética fue el abandono gradual de la colectivización de la agricultura. A partir de 1951, el gobierno yugoslavo se limitó a mejorar el funcionamiento de las granjas colectivas que hasta entonces habían sido creadas. Para 1953, fue aprobada la disolución definitiva de estas granjas, que, sin embargo, tardarían en desaparecer. Para 1971, el 85 % de la tierra cultivable estaba en manos del sector privado y, con la excepción de los campesinos que habitaban en regiones montañosas, ningún particular podía acceder a más de diez hectáreas.²⁶

²⁴ Féron, *Op. cit.*, p.36

²⁵ Bazant, *op cit.*, p.121

²⁶ *Ibidem.*

Volvamos ahora a la política. Hacia adentro, Tito se consagraba como artífice de la independencia nacional. El culto a la personalidad del que era beneficiario permitió que el combate a la disidencia surgida en el territorio propio se valiera de medios que el propio Stalin hubiera deseado tener a su alcance. Primero fueron Mihailovic, comandante en jefe de los chetniks, y monseñor Stepinac, arzobispo de Zagreb, los que pagaron el precio de la inconformidad. El primero fue ejecutado, sin más, apenas y se había establecido el gobierno de Tito. El segundo, por ser considerado aliado del croata Pavelic, fue condenado a dieciséis años de prisión. Posteriormente, llegó el turno del antiguo aliado, colaborador y amigo personal de Tito, Milovan Djilas, quien acusaba la formación de una *nueva clase* político-burocrática que necesariamente impedía el libre tránsito hacia el socialismo. Este personaje fue recurrentemente encarcelado y, cuando por fin logró su libertad, se le negó el derecho a publicar cualquier escrito. El verdadero terror llegó, sin embargo, con la persecución de todo aquel yugoslavo que participara de las ideas propagadas por la Cominform. Bajo la dirección de Rankovic, la policía yugoslava se dio a la tarea de *eliminar a cualquier precio todo tipo de disidencia, sobre todo aquella proveniente de la instancia comunista citada*. Esta aplicación de la fuerza no tardaría en producir una crisis política de alcances considerables.

En 1966, Rankovic es destituido de su cargo, pero ya para entonces las contradicciones del régimen eran inocultables. Los mismos dirigentes reconocieron "que el comunismo desembocaría en la decadencia, no sólo del Estado, sino también del partido".²⁷ El debate al interior era profuso en iniciativas. Una de las consecuencias de este debate fue la reforma constitucional de 1968, que llevó a la abolición de la Cámara Federal y su sustitución por la Cámara de las Nacionalidades, en la que cada república mantenía veinte representantes. Pronto esta cámara se convirtió en la más poderosa del Parlamento.

Con la creación de este espacio, la antigua rivalidad entre serbios y croatas adquirió nuevos bríos. El nuevo orden, impuesto por la reforma de 1968, restaba poder político a los Serbios, puesto que hasta entonces el papel preponderante que

²⁷ Féron, *Op. cit.*, p.37

jugaban en la Cámara Federal era indiscutible. Los croatas, por su parte, aprovecharon el cambio de directrices para reivindicar los derechos que el propio sistema federal les concedía. En más de una ocasión, las reivindicaciones croatas hicieron uso de términos como "soberanía" y "derecho de secesión". Las cada vez más frecuentes acusaciones, así como el tono y el contenido de éstas, llevaron a Tito, en 1971, a intentar corregir el rumbo a través de un llamamiento a fortalecer el orden y restaurar la disciplina. Los problemas, sin embargo, no encontraban solución y parecían agravarse al correr del tiempo.

En 1974 es aprobada una nueva constitución. De momento, las cosas parecen volver a la normalidad. De acuerdo con lo dispuesto por la nueva ley suprema, Tito sería presidente de por vida. La nueva constitución establecía, además, una presidencia colectiva compuesta por ocho miembros, uno por cada república (Eslovenia, Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina, Macedonia y Montenegro), y uno también por cada provincia (Kosovo y Voivodina). Cada año, un presidente debía ser elegido al interior de este comité. La intención es clara: reducir la tensión existente entre las repúblicas para evitar una ruptura del pacto federal.

El 4 de Mayo de 1980 muere Jozip Broz "Tito". Tras este acontecimiento, flota en el ambiente una pregunta a la que nunca pudo darse solución: ¿cómo mantener unida a Yugoslavia?

Segunda parte

Nación y nacionalismos

histórico y el desarrollo político de los pueblos, las culturas y las civilizaciones han determinado cambios profundos en la esencia de la nación, orillando al mismo tiempo a redefinir todos aquellos conceptos relacionados con ella y que podemos agrupar vagamente bajo el amplio espectro de "lo nacional".

De estos cambios operados en el corazón de la idea de nación, Federico Chabod ha elaborado un recuento cuyo principal atributo viene dado sin duda por la brevedad y el rigor característico de uno de los estudiosos más preclaros de la Italia de la primera mitad del siglo XX.

"Decir sentimiento de nacionalidad es decir sentimiento de individualidad histórica"²⁹, nos dice el catedrático a propósito de la gran aportación que al concepto de nación brindó el grandioso movimiento cultural europeo llamado Romanticismo. No obstante, el punto de partida del escarpado camino que hubo de recorrer la nación antes de ser tentada por los pensadores de la corriente filosófica alemana se remonta, por lo menos, a la Edad Media, época en la que la utilización del término estaba determinada por cuestiones meramente geográficas que legitimaban su sustitución ocasional por el de "provincia", de ahí que fuera empleado para aludir a las universidades (Padua, Bolonia, París) o a los grandes concilios.³⁰

Esta acepción de la nación permanece prácticamente intacta hasta Maquiavelo, quien ciertamente no alude a la nación sino en la medida en que ésta se organiza o está por organizarse en cuerpo político; su interés está enfocado más hacia la unidad estatal que hacia la nación, entendida ésta en el sentido en que habrá de caracterizarse a partir de la influencia romántica.³¹

El cambio sustancial que habrá de concretar en el concepto de nación que emerge durante el siglo XVIII, vendrá dado por la atribución a la nación de un alma propia, de un espíritu que, se dirá, anima todas y cada una de las transformaciones operadas al interior del cuerpo social. Este camino, este trayecto andado hacia la conformación de un concepto vivo de la nación estará plagado de visiones que alientan dicha mutación de significado. Entre ellas se encuentra la propalada por Jean Bodin (1576), de índole naturalista, según la cual la ubicación geográfica de un pueblo es determinante en la conformación del carácter de los habitantes que lo componen.

²⁹ Chabod, Federico *La idea de nación*, México, FCE, 1987, p. 19

³⁰ *Ibid.*, p. 23

Hacia el comienzo del siglo XVIII aparece en Suiza una nueva concepción de la nación que en la medida que resta importancia al factor clima-terreno –sin prescindir totalmente de él-y reivindica elementos de tipo cultural, se acerca un poco más a la nación romántica. La coyuntura que anima este nuevo evento es la hegemonía cultural francesa en Europa, que ya amenaza con tornarse también en hegemonía política. En este contexto aparece Beat Ludwig Von Muralt, quien en su obra *Lettres sur les Anglais et les francais*, contrapone el carácter de uno y otro pueblo con resultados ampliamente favorables a los ingleses, cuya forma de ser impulsiva y violenta pero con seriedad moral y libertad civil, se coloca sobre la de los franceses, que según él viene dada más por su servilismo que por su dignidad. El naturalismo, sin embargo, no ha sido totalmente abandonado por el autor bernés, que al tiempo en que reivindica la tradición helvética evoca también la figura de los Alpes como factor de influencia en la formación de un carácter suizo puro y firme.³²

Otro escritor que ha de salir al paso de esta transformación del concepto de nación es el famoso autor de *Robinson Crusoe*, Daniel Defoe, quien en un escrito político titulado *The trueborn Englishman* (1700) determina que a cada nación pertenece un carácter y una naturaleza que puede resumirse de la siguiente manera: a España le pertenece el orgullo, a Italia la lujuria, a Alemania la embriaguez y a Francia la mentira.³³ Ciertamente a pesar de que este autor no se detiene demasiado en reflexionar acerca de la cuestión nacional, la sola evocación de estas ideas ya nos dice algo acerca del ambiente intelectual que comenzaba a invadir a la Europa del siglo XVIII, abonando en cierta medida el terreno para la aparición de la gran ruptura, que inicia formalmente con el surgimiento de la Ilustración y que se consolida, como hemos dicho, con el Romanticismo.

Sin duda el caso suizo –del que también forma parte Juan Jacobo Bodmer- aporta más elementos novedosos a la conformación del concepto de nación que el que viene representado por Defoe -que a fin de cuentas era un narrador y no un hombre de relevancia en el plano de las ideas políticas. Esto ocurre no solamente gracias a la alusión explícita al carácter de los hombres que componen los pueblos, sino porque comienza a perfilar uno de los atributos que han de acompañar en

³¹ *Ibid*, p.26

³² *Ibid*, p.31-33

adelante al concepto que hoy analizamos. Este atributo, como bien señala Chabod, es el de la libertad: la nación ha de ser libre, ya sea que deba conservar esa libertad o que haya de conseguirla –tal y como ocurre en ocasión del *Risorgimento* italiano. En todo caso, la libertad comienza a devenir criterio de interpretación histórica: los pueblos se abocan a la tarea, en ocasiones muy compleja, de encontrar en su pasado siquiera un leve rastro de libertad primitiva, de manera que la lucha en pos de ese bien se presenta en términos de recuperación, de reivindicación de un derecho legitimado por el pasado.

El fortalecimiento de este nuevo maridaje entre la nación y el ideal de libertad tiene lugar, en definitiva, con la Ilustración, al tiempo que en Rousseau encuentra a su principal promotor. Dada la importancia de este hecho, que habrá de convertirse junto con el empuje romántico en la gran inspiración de la nación hasta nuestros días, hemos reservado un capítulo aparte para un análisis más profundo. De momento, baste citar aquí el concepto sobre el que descansa el ideal ilustrado de la nación. Se trata de la *voluntad*, elemento central a través de cual Rousseau plantea la comunidad política en términos contractualistas.

Como hemos dicho, más adelante trataremos de analizar más a fondo en qué consiste esta influencia filosófica sobre el concepto de nación por parte de la Ilustración. Lo mismo advertimos con respecto al romanticismo, cuyo máximo exponente, en este sentido, es sin duda Johann Gottfried Herder (1744-1803). Para este autor, la nación no es simplemente territorio, clima, carácter, libertad, ni aun, voluntad, es además, y ante todo, sangre, arraigo, lengua, cultura: *espíritu*. He ahí el germen de la nación propiamente moderna, que apoyada en los supuestos filosóficos de la Ilustración y el Romanticismo habrá de convertirse en paradigma de organización política durante los siglos XIX y XX.

b) Nación, modernidad y Estado

"La característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad",³⁴ nos dice Eric Hobsbawm. Evidentemente, el debate en torno a este concepto (el concepto de *modernidad*) rebasa ampliamente los alcances de la presente investigación. Para nosotros basta señalar el hecho de que, en la

³³ *Ibid*, p.35

³⁴ Hobsbawm, Eric J. *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997, p.23

esfera de lo político, nada hay más relacionado con la modernidad que la misma figura del Estado-nación. Cotejemos, sin embargo, esta idea con la definición de nación propuesta por Anthony D. Smith, quien, como hemos dicho, además de la existencia de referentes culturales, vindica la presencia de un aparato público capaz de instrumentar políticas en el plano económico, político y jurídico.

Ahora bien ¿es posible imaginar la presencia de todos estos atributos en un entorno distinto al que sugiere un Estado moderno? No, ciertamente, de ahí que la nación, por un lado, sea un tipo de colectividad típicamente moderno y, por el otro, mantenga una estrecha relación con la figura del Estado, al grado de que difícilmente sea posible construir un cuerpo de ideas sólido en torno a la nación si se prescinde de la referencia a esta figura política.

¿Puede existir una nación sin Estado? En principio, diríamos que ciertamente puede existir un grupo integrado sobre la base de elementos culturales, sólo que para subsistir como tal requiere inevitablemente, o de un Estado propio, o de una serie de prerrogativas lo suficientemente amplias como para evitar la desaparición gradual de sus costumbres, mecanismos de comunicación y en general de las particularidades que le han llevado a plantear su existencia en términos de unidad. A esta razón obedece el que con mucha frecuencia, sobre todo durante el siglo XX, muchos grupos humanos, previa constatación de una serie de particularidades que les llevaban a pensarse como nación, reclamaran, frecuentemente con éxito, la existencia de un Estado propio. Pese a todo, cabe resaltar el hecho de que en muchas ocasiones este tipo de situaciones ocurrieron gracias a coyunturas internacionales específicas. Sobre este punto volveremos más adelante, concretamente en el apartado relativo al surgimiento de las naciones, donde podremos ver en el marco de qué fases o facetas tenían lugar estas transformaciones

Por ahora, lo que buscamos destacar es la estrecha relación que existe entre el Estado y el concepto moderno de nación, relación que, a nuestros ojos, no puede ser más abierta, puesto que incluso en el caso de las naciones que no poseen un Estado su lucha está orientada a la consecución del mismo; la referencia a la estructura política paradigmática de la modernidad es, en todo caso, recurrente y hasta necesaria.

En palabras de Karl Deutsch, "la unión del Estado y el pueblo hace una nación moderna", y agrega: "una nación es un pueblo que ha creado un Estado o que ha desarrollado capacidades cuasigubernamentales para formar, apoyar y fortalecer una voluntad común."³⁵ Obsérvese que para este autor la nación no necesariamente precede al Estado, sino que es la unión del pueblo con éste último la que finalmente hace posible a la nación. En términos generales, el argumento de que la nación precede al Estado no goza de gran aceptación. Para algunos (entre ellos Hobsbawm), la nación no edifica al Estado, ni aun inspira el nacionalismo, sino precisamente lo contrario, de manera que hablar de una nación es hablar ante todo de un producto construido a partir justamente de un Estado.³⁶ Sin duda que este tema es campo fértil para la controversia ideológica. Pese a ser originalmente un hecho cultural (de acuerdo con las definiciones que prevalecieron durante los años en que el término fue acuñado), nadie puede tampoco desechar del todo la hipótesis de que el motor de la emergencia de la nación funciona en razón de la existencia de grupos económica y culturalmente dominantes, cuyos intereses les obligan a pensar en la construcción de un imaginario colectivo que legitime el ejercicio de un poder centralizado.

El fracaso en la construcción de una teoría plenamente convincente sobre el hecho y la cuestión nacional obedece en gran parte a la falta de aceptación de la gran cantidad de variables que intervienen en el surgimiento y desarrollo de las naciones. La ponderación de la nación como hecho cultural en detrimento del Estado como hecho político, y viceversa, empañan la elaboración de ese cuerpo coherente de ideas. Lo que sí es un hecho es que la nación necesariamente está ligada al Estado, ya sea que le contemple como aspiración, ya como realidad palpable.

Así pues, con el advenimiento de la modernidad, y el concomitante surgimiento del Estado moderno, una nueva forma de identidad comienza a cobrar importancia hasta convertirse en uno de los motores del desarrollo político y económico sobre los cuales la propia modernidad encamina su paso. La nación se convierte en el principal referente, en la orientación fundamental hacia la cual el individuo dirige sus acciones y desde la que adquiere, además, ciertos elementos que nutren parte de su propia identidad. De esta manera, el nacionalismo, en tanto que

³⁵ Deutsch, Karl *El nacionalismo y sus alternativas*, Buenos Aires, Piados, 1971, p.75

³⁶ Hobsbawm, *Op cit.*, p.16

pugna por el derecho a proveer a una cultura de un caparazón político, está "destinado a correr suerte pareja con las vicisitudes históricas que el Estado, como forma paradigmática de organización social, afronta en su proceso de desarrollo." ³⁷

2. Las fuentes filosóficas del nacionalismo: Romanticismo e Ilustración

Pasemos ahora al análisis de las que, como hemos mencionado, constituyen las dos grandes fuentes filosóficas de la nación moderna. Sirvan de introducción al problema las palabras de Crowley:

El concepto de nación ha adquirido en el uso dominante desde el siglo XIX, dos sentidos totalmente distintos pero inextricablemente mezclados. La nación, bajo la influencia de la Revolución Francesa, se concibe sobre todo como cierta manera de agrupar a los hombres en sociedad. Esta visión es universalista (...) Enseguida, la nación es una cierta manera de insertar un grupo humano en la historia, de definirlo por oposición a otros grupos humanos. Esta concepción corresponde a la dimensión mítica de la nación. ³⁸

Ilustración y Romanticismo, ese es el nombre de las dos grandes corrientes filosóficas merced a las cuales el concepto de nación hubo de adquirir la forma que aun en nuestros días le caracteriza. A pesar de esta doble naturaleza, la nación persiste, y podríamos decir incluso que en cada una de las naciones que hay sobre la tierra es posible encontrar, en menor o mayor medida, los indicios de esta mutua correspondencia. Pese a todas las diferencias que en sí mismos encarnan, los principios que de ambas fuentes reclama para sí la nación confluyen en una singular concatenación. Como Apolo y Dionisos, en la divergencia es que la Ilustración y el Romanticismo encuentran las razones de su inexorable fusión, de la que la pervivencia de la nación es el más claro ejemplo.

Pero vayamos por partes. Si bien es cierto que desde nuestra perspectiva la nación moderna implica la confluencia de una y otra corriente, no menos cierto es que, en principio, ambas encarnan ideales, propuestas y principios distintos, opuestos generalmente. Así pues, antes que la propia unión se hace explícita una divergencia

³⁷ Béjar, Raúl y Héctor M. Cappello *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*, México, UNAM, 1990 p. 30

³⁸ Crowley, John "Etnicidad, nación y contrato social" en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993 p. 269

que nosotros más que en términos de oposición, plantearíamos a manera de tensión.

Dicha tensión puede ser planteada de la siguiente forma:

(...) el argumento supremo de lo nacional (a la luz del romanticismo) es orgánico: es algo vivo; la nación es palpable y duradera porque en ella está el sentimiento de la existencia. Sin embargo, a este cuerpo vivo responde una metáfora del cuerpo construido (...) La voluntad (para la ilustración) cuenta más que la conciencia.³⁹

¿Cómo plantear siquiera la posibilidad de que a la luz de tan encontradas visiones una y otra posición confluyan en un momento dado? No es la simplicidad el mayor atributo del problema, pero en efecto, este primer vistazo plantea las cosas de manera que la ya mencionada conciliación de principios se antoja más dura de lo que es en realidad.

Algunos pensadores han esbozado esta tensión inicial a través de distintas dicotomías: occidental/oriental, contractualista/naturalista, cívica/étnica, orgánica/artificial y, por supuesto, ilustrada/romántica.⁴⁰ En cada una de estas fórmulas se advierte la procedencia de uno y otro elemento. La primera de ellas es de carácter geográfico y obedece a la forma en que la nación ha sido planteada, y en cierto sentido asumida, por los países europeos. Una parte de ellos (Inglaterra, España, etc.), bajo la influencia francesa, concibió y aún concibe la nación más en los términos propalados por la Ilustración que por el Romanticismo, mientras que en la otra parte (Italia, Polonia, etc.) la relación se invierte. La ubicación geográfica por sí misma, si bien condicionó tal realidad, no la determinó en su totalidad, de ahí que tomada por separado esta dicotomía no encuentra en sí misma el respaldo suficiente como para aclarar de una vez por todas la naturaleza de la tensión aludida.

En segundo término, tenemos la dicotomía contractualista/naturalista, que pese a construirse de manera más sólida —es decir, sobre la base de la naturaleza del lazo social— no termina por convencer del todo; ni países como Francia o Inglaterra carecen de una visión del pasado que legitime su existencia actual como nación, ni la solidez de Alemania o Italia como naciones depende exclusivamente de factores estrictamente naturales como lo son el clima o el relieve. En todo caso, el primer

³⁹ Delannoï, Gil “La teoría de la nación y sus ambivalencias” en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, p.11

⁴⁰ Coackley, John “Contrastando las perspectivas oriental y occidental sobre el nacionalismo” en *Revista Internacional de Filosofía Política* No.3 1994 p. 83

ejemplo puede merecer disculpas, pero el segundo no sólo no se sostiene en la realidad, sino que ignora el hecho clave de que el Romanticismo no apela sólo a las condiciones geográficas de un pueblo, sino también, y sobre todo, al espíritu que se expresa a través de la cultura.

De esta misma manera podrían desarmarse las dos fórmulas siguientes aún antes de provocar un gesto aprobatorio. No obstante, es de gran importancia observar el hecho de que eventualmente los postulados de una y otra tradición filosófica, o más bien, la tensión que les separa –pero también los une– puedan ser expresados de esta forma. Sin duda recurrir a tales formulaciones ilustra de una manera clara en dónde radica la diferencia.

Como hemos dicho anteriormente, los postulados característicos de cada una de estas dos visiones pueden rastrearse a la luz de los dos pensadores más representativos de dichas corrientes de pensamiento. Se trata de Rousseau y de Herder:

Para el primero, expresando una ideología que llegó a ser popularizada por la revolución francesa, una nación es un grupo de individuos libres que consiente en ser gobernado como una unidad. Para el segundo, formulando una ideología que llegó a ser asociada con el movimiento romántico, una nación no es un mero grupo de individuos, sino una entidad orgánica con alma propia, diferenciada por una comunidad de cultura y, sobre todo, de lengua⁴¹

Federico Chabod, por su parte, advierte que Herder afirma la diversidad fundamental de las naciones al afirmar que "moralmente cada nación es un mundo en sí, con sus valores, con un modo de pensar suyo, con un *proceso natural* suyo de costumbres y de ideas, de espíritu y de moralidad, que no se debe alterar."⁴² En Rousseau, evidentemente, es menos fuerte que en Herder el sentimiento de la individualidad nacional e histórica; es en cambio "mucho más vivo y fuerte el sentimiento político, la voluntad de acción de la colectividad".⁴³

El romanticismo, efectivamente, en la medida en que surge como respuesta a la difusión de un concepto del hombre sustentado en su carácter racional, postula la primacía de los sentimientos, de la imaginación y de todo aquello que pueda ser

⁴¹ Coakley, *Op. cit.*, p.83

⁴² Chabod *Op. cit.*, p. 61

⁴³ *Ibid*, p. 72

sintetiza el racionalismo ilustrado y el tradicionalismo romántico, no los opone "⁴⁹ Esta conciliación tiene lugar gracias a un proceso que se basa en una lógica dialéctica: "es por una construcción imaginaria como la conciencia crea la nación y, luego, es por una construcción práctica como la entidad política refuerza la nación y la sostiene",⁵⁰ o, citando una vez más a Chabod: "de la comprobación de un hecho, creado sobre todo por el pasado (la nación), se empieza a pasar a la voluntad de crear un nuevo hecho, es decir, un Estado".⁵¹ Independientemente de la certeza de estos juicios en torno a la primacía temporal de la nación sobre el Estado, asunto sobre el que ya hemos trabajado en el apartado anterior, lo que está claro es que, finalmente, la nación, en el sentido moderno del término, debe su ser a la doble raíz romántico-ilustrada que hubo de florecer principalmente en el transcurso de los siglos XVIII y XIX: el diálogo constante entre voluntad y espíritu, entre memoria y proyección, entre razón y pasión ha representado desde entonces la continuidad o la ruptura de los proyectos sobre los cuales se sientan las bases de la existencia de las naciones.

3. El surgimiento de las naciones y el nacionalismo

Las ideas esbozadas anteriormente requieren de una revisión histórica que justifique algunos de los planteamientos en cuya construcción ellas mismas han colaborado. Entre ellos desde luego se encuentra la hipótesis de que puede fijarse la aparición de la idea de nación en el arranque del periodo histórico conocido bajo el concepto de modernidad. A lo largo de este apartado será, pues, que trataremos de trazar una coherencia del fenómeno nacional a la luz de la evolución histórica de la nación. Hemos decidido dejar para la última parte de este capítulo la tarea de aproximarnos al concepto de nacionalismo con el fin de que ahí desemboque toda esta tarea de índole revisora. Por el momento, sin embargo, cabe mencionar que el nacionalismo sólo puede ser entendido como una construcción compleja en la que diferentes elementos se mezclan en diversas proporciones en determinados

⁴⁹ Rubert de Ventós *Op. cit.*, p.82

⁵⁰ Delannoi, "Naciones...", p. 11

⁵¹ Chabod *Op. cit.*, p 72

momentos y lugares.⁵² De ello da cuenta la historia, a la que hoy acudimos en busca de los datos que nos lleven a un mejor entendimiento del problema.

El debate en torno al momento en que podría establecerse el comienzo de la era moderna permanece, como se sabe, aún vigente. Para nuestro estudio es fundamental asumir que este hecho sólo puede ser entendido como un proceso gradual, cuyas expresiones cambian de un lugar a otro. De esta manera, aun cuando suele situarse el comienzo de la era moderna en el estallido de la Revolución Francesa, nada aparece más evidente que el hecho de que éste, como la mayoría de los grandes sucesos que han marcado la historia de la humanidad, tiene lugar en el marco de un proceso cuyo inicio varía según los intereses y las perspectivas de análisis adoptadas por el investigador.

El nacionalismo no escapa de esta lógica. Hobsbawm ratifica esta idea cuando dice que el fenómeno del nacionalismo proviene de la época histórica abierta por la revolución francesa aunque, sin embargo, "esto no significa que no hubiera conciencia nacional o conciencia de las naciones antes de esta época."⁵³

Ciertamente, "el primer Estado nacional realmente es Inglaterra, que ya desde 1689, aparece estructurada como un auténtico Estado liberal moderno. Un siglo después surgirán, de modo casi simultáneo, otros dos Estados: Francia y Estados Unidos",⁵⁴ por lo que queda claro el hecho de que al momento en que tienen lugar los hechos de 1789, existían ya indicios de lo que con el tiempo sería la nación moderna.

Con el Renacimiento y la Reforma, la humanidad en Europa se hace más móvil en un sentido físico y, sus horizontes intelectuales se amplían abrazando un conocimiento mayor de otras naciones, estimulando la percepción de esta diferencia. Al mismo tiempo, el papel de la religión como punto común de referencia se debilita (...) la lealtad dinástica y feudal se ve desplazada por la idea del derecho natural del pueblo, que ha de ser gobernado de conformidad con sus deseos.⁵⁵

No obstante, y en eso sí participamos del consenso, son el siglo XVIII y el XIX los que habrán de apadrinar el surgimiento de una idea de nación en la que el espíritu

⁵² Keating, Michael "Naciones, nacionalismos y Estados" en *Revista Internacional de Filosofía Política* No. 3 1994 p 39

⁵³ Hobsbawm, *Op cit.*, 1780. p. 20

⁵⁴ Jáuregui Bereciartu, Gurutz *Contra el Estado-nación: en torno al hecho y la cuestión nacional*, Madrid, Siglo XXI, 1986, p.2

⁵⁵ Akzin, Benjamin *Estado y nación*, México, FCE, 1975, p. 58

que anima la construcción de naciones se presenta bajo las premisas del nacionalismo moderno.

Geoffrey Brunn señala con acierto que "durante los años 1848-1867, así en América como en Europa, el movimiento hacia la creación de naciones apareció y reapareció como la tendencia política dominante del periodo."⁵⁶ Habermas por su parte, afirma que "el nacionalismo, tal como se desarrolló en Europa desde finales del siglo XVIII, es una forma específicamente moderna de identidad colectiva. Con la disolución de los órdenes tradicionales de las primeras sociedades burguesas, los individuos se emancipan en el marco de libertades ciudadanas abstractas (...) se ven arrastrados así por el remolino de la comunicación y la cultura de masas."⁵⁷ Las ideas fundadoras del nacionalismo provienen de una herencia profana, independiente de la Iglesia y la religión, que pretenden hacer coincidir la herencia cultural común del lenguaje, literatura o historia, con la forma de organización que representa el Estado.⁵⁸

El principal atributo del nacionalismo de esta primera etapa radica, de esta manera, en que sirve de eje para el surgimiento de un nuevo régimen político (representado por el Estado), sentado sobre la base de nuevas relaciones económicas de producción, al tiempo que satisface una necesidad emocional del individuo, que busca de algún modo satisfacer un anhelo de pertenencia a algo mayor. Esta es la causa por la que en esos momentos para los ideólogos del liberalismo el desarrollo de la nación era indiscutiblemente una fase de la evolución o el progreso humano: "desde el grupo pequeño hacia el grupo mayor."⁵⁹

La tendencia de los tiempos claramente apuntaba hacia la aceptación (cuando no a la veneración) del nacionalismo. Michael Keating advierte que ya para el siglo XIX, en los más importantes Estados de Europa, "el nacionalismo se vio como una fuerza progresiva y un agente modernizador",⁶⁰ lo que a su vez contribuyó aun más al

⁵⁶ Brunn, Geoffrey *La Europa del siglo XIX*, México, FCE, 1974 p.119

⁵⁷ Habermas, Jürgen *Identidades nacionales y postnacionales*, Madrid, Tecnos, 1989, p.89

⁵⁸ *Ibid*, p. 90

⁵⁹ Hobsbawm, *Op. cit.*, p. 47

⁶⁰ Keating, *Op. cit.*, p.48

hecho de que a este fenómeno, entonces nuevo, cada vez más se le atribuyera un valor positivo.⁶¹

Cabe advertir el hecho de que no obstante esta aceptación generalizada del nacionalismo, apreciado en gran medida por ser una fuerza integradora, modernizadora y progresista, cada nación hubo de surgir en condiciones distintas y bajo la presión –favorable en ciertos casos- de fuerzas reales de la más diversa índole. Sobre esta cuestión, el pensador europeo Edgar Morin ha escrito:

La insularidad favorece el desarrollo del Estado-Nación británico, la reconquista católica contra el islam favorece el desarrollo del Estado-Nación hispánico. La presencia monárquica y la oportunidad histórica favorecen el desarrollo del Estado-Nación francés. La fórmula, luego, del Estado-Nación emerge de manera evidente en y por la revolución francesa (...) Desde el principio del siglo XIX, el ejemplo de los Estados Unidos anima las revueltas de las poblaciones blancas y mestizas que harán emerger las nuevas naciones de Iberoamérica (...) En Alemania e Italia, la idea de nación es la que, inflamada por un predicador, animada por un vasto impulso colectivo, conducirá a dos nuevos reinos periféricos a instaurar un gran Estado-Nación.⁶²

El siglo XX habrá de presenciar, en igual o mayor proporción que el XIX, la expresión de un espíritu nacional que en ocasiones parece distanciarse del modelo impuesto durante el siglo que le precedió. La percepción de esta separación, sin embargo, suele obedecer más a los cambios experimentados por el sistema político global que a los casos concretos en los que se manifiesta el nacionalismo como fuerza reivindicatoria.

Al siglo XIX pertenecen las naciones que surgen como resultado de un proceso de desarrollo económico y social determinado. Sin embargo, en lo sucesivo, "cualquier conjunto de personas que se consideraran como nación reivindicó el derecho a la autodeterminación, que, en último término, significaba el derecho a un Estado aparte, soberano e independiente para su territorio."⁶³

La Europa de principios del siglo XX muestra una realidad desfasada. Ciertamente, en lo relativo al surgimiento de Estados representativos de naciones, "en Europa central y oriental el punto de partida es mucho más complejo y el proceso de

⁶¹ Ver, Akzin *Op. cit.*, p.59

⁶² Morin, Edgar, "El Estado-nación" en *Teorías del nacionalismo*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 45

⁶³ Hobsbawm *Op. cit.*, p.112

cambio tuvo mayor trascendencia." ⁶⁴ El trayecto que sigue la aventura nacional en esta región encuentra como principio el derrumbamiento de los tres grandes imperios multinacionales (ruso, astro-húngaro y turco), luego de la primera guerra mundial. "Dada la distribución de los pueblos, era inevitable que la mayoría de los nuevos Estados construidos sobre la base de las ruinas de los viejos imperios fuesen tan multinacionales como las antiguas *prisiones de naciones* a las que sustituyeron." ⁶⁵

Rubert de Ventós alude al tema diciendo que "un principio de autodeterminación formulado y aplicado por las potencias vencedoras de la primera guerra mundial para legitimar la desarticulación de los imperios enemigos", dió como resultado "la creación de entidades llamadas Yugoslavia o Kuwait, y no en cambio Kurdistán o Palestina." ⁶⁶

Estas nuevas naciones, como es evidente, llegan a serlo a través de un consentimiento externo que no deja de antojarse imposición; concretamente, las naciones que resultan de la desintegración imperial cristalizan gracias al afán mostrado por los países triunfadores de modernizar por decreto. De esta manera, se inventan naciones donde muy probablemente no las hay; los Estados resultantes asumen, así, la exhaustiva tarea de mantener unido al territorio y evitar la fragmentación de la "nación" en una multiplicidad de naciones más pequeñas.

La última gran etapa de transformación nacional en Europa ocurre con la caída del bloque soviético y "el hundimiento de tres grandes Estados multinacionales (Yugoslavia, la URSS y Checoslovaquia) y su sustitución por un gran número de Estados soberanos más pequeños." ⁶⁷

El mundo asiste así a la aparición de un fantasma que deja de serlo en el momento en que se manifiesta a través de las armas; es el momento en que el prestigio del que había gozado el nacionalismo durante más de un siglo se derrumba, contando para ello con la ayuda de los postulados engendrados por la idea de un nuevo orden mundial, que apela a la universalidad, a la homogenización y a la desaparición de las fronteras en pos del mercado global. La puerta que conduce a los pueblos que se asumen naciones a realizar el sueño de la construcción de un Estado

⁶⁴ Coakley, *Op. cit.*, p.48

⁶⁵ Hobsbawm, *Op. cit.*, p.143

⁶⁶ Rubert de Ventós *Op. cit.*, p.24

⁶⁷ Coakley *Op. cit.*, p.84

aparte, se cierra y se abre de acuerdo a principios y lineamientos poco claros y sumamente cambiantes.

A nosotros desde luego no nos interesa hacer las veces de tribunal; lo que ha de ocuparnos en adelante no es elaborar juicios de tipo valorativo sobre culpabilidades posibles o imposibles en torno a la desintegración yugoslava. Ya hemos esbozado los rasgos que consideramos esenciales de la historia de ese país; hemos también procurado brindar un panorama amplio acerca de la cuestión nacional, tanto desde la perspectiva histórica como desde la filosófica; es momento de emprender una tarea que busque hacer confluir ambos análisis. Antes, sin embargo, tratemos de cerrar este capítulo con una breve aproximación al concepto de nacionalismo.

4. Sobre el concepto de nacionalismo

Resulta imposible comprender los alcances y las limitaciones de una definición del nacionalismo si se pasan por alto cuatro aspectos que nosotros consideramos fundamentales: a) las particularidades que en cada caso concreto de construcción nacional se manifiestan; b) las ambivalencias de la nación y el nacionalismo suscitadas por la doble influencia filosófica; c) la evolución histórica del principio de autodeterminación, y d) el propagado carácter moderno del nacionalismo.

En torno al primer aspecto, resulta evidente que el nacionalismo no puede ser igual en todos y cada uno de los casos concretos, es decir, que no encarna los mismos elementos ni las mismas premisas en una nación que en otra. La emergencia de cada una de las naciones se da en condiciones peculiares, bajo el empuje de fuerzas determinadas y en coyunturas bien definidas: no todas las naciones fueron proclamadas de manera simultánea ni bajo las mismas premisas y aspiraciones. Los problemas que esta realidad plantea a una conceptualización convincente del nacionalismo son evidentes: la generalización puede resultar peligrosa –tanto o más que la aceptación de que no existen vínculos entre los múltiples casos.

En relación al segundo problema, consideramos que ante la presencia de dos tradiciones filosóficas tan sólidas en la génesis del concepto de nación, el nacionalismo no puede menos que obedecer a los lineamientos marcados por cada una de ellas en su proceso de desarrollo. Si bien hemos dicho que el concepto moderno de nación resulta de una combinación de elementos románticos con

elementos ilustrados, no es menos cierto que el peso de unos u otros varía según las condiciones que alberga cada caso concreto. Así, nadie puede negar la carga de sentimiento que para un francés trae consigo la nación francesa o desvirtuar la existencia de un acuerdo político en la base del Estado-nación alemán, más allá de los vínculos afectivos que cada individuo mantiene con respecto a su nación. De esta manera, se trata de una fusión cuyas proporciones varían cualitativa y cuantitativamente. En todas las naciones persiste la creencia de un pasado común y la esperanza en un futuro compartido, pero también, aunque en ocasiones de manera implícita, existe una voluntad expresada en un acuerdo político.

El tercer aspecto, relativo a la evolución histórica del principio de autodeterminación, no es de menor importancia, e incluso puede ser determinante para la conformación de una definición satisfactoria del nacionalismo. En el marco jurídico internacional, este principio se formula plenamente al término de la Segunda Guerra Mundial, cuando el artículo primero de la Carta de las Naciones Unidas especifica la igualdad de derechos entre las naciones y la autodeterminación de los pueblos.⁶⁸ Sin embargo, no es a partir de entonces que forma parte del discurso político ni mucho menos que encuentra eventuales aplicaciones. Desde la época de la Revolución Francesa estaba ya presente, sobre todo en el momento en que la cuestión de Alsacia es puesta a discusión y, con mayor vigor, a partir de la constitución de 1791, donde se establece que “pueblos y Estados gozarán de iguales derechos naturales y estarán sometidos a las mismas normas de justicia.”⁶⁹ Con el tiempo, el principio de autodeterminación fue tomando forma. El siglo XIX privilegia su aplicación, pero no es sino hasta el fin de la primera guerra mundial que adquiere una forma casi definitiva. El personaje que habrá de apuntarse los créditos de tal transformación será el presidente norteamericano Wilson, quien en sus famosos catorce puntos reivindica el derecho de los pueblos del Este a constituir sus propios Estados en detrimento de los Imperios, con lo cual, además, apadrinaba el ingreso de los Estados Unidos en la escena política europea, así como su preeminencia en el campo internacional.

⁶⁸ López y Rivas, Gilberto *Nación y pueblos indios en el neoliberalismo*, México, Plaza y Valdés, 1996, p.36

⁶⁹ *Ibid*, p. 37

Así pues, cobijadas (de manera implícita o explícita) en este principio hubieron de surgir las naciones; la coyuntura concreta en que esto ocurre, así como la forma en que cada nación reivindica este derecho, sin duda aportan gran cantidad de elementos al nacionalismo que en el seno de estas nuevas entidades ha de ir surgiendo.

Pasemos ahora al asunto relativo a la modernidad de lo nacional. ¿Cuál puede ser la importancia de este aspecto en la búsqueda de una definición del nacionalismo? En efecto, el hecho de que al nacionalismo se le aplique el adjetivo moderno contribuye en gran medida al entendimiento de sus características. Ciertamente, el gran paradigma político de la modernidad es el Estado, cuya posición frente a la nación es fundamental. Autores como Gellner o Anderson aseguran que no es la nación la que construye el Estado, sino justamente lo contrario: "el Estado multiplica sus dominios a través de la invención de la nación."⁷⁰ En efecto, atribuir al Estado la "invención" de la nación puede sonar sumamente aventurado; a ese respecto, Anderson ha argumentado que no es que el Estado *construya* o *invente*, sino que promueve las condiciones para que la nación aparezca susceptible de ser *imaginada*⁷¹ De cualquier forma, el nacionalismo aparece como el motor que hace posible a la nación -y no al revés-, basado en lo que algunos autores han descrito como "el credo nacionalista", mismo que supone que: 1) la humanidad se divide naturalmente en naciones; 2) las naciones son reconocibles por ciertas características y rasgos determinables; y 3) que la autodeterminación nacional es la condición de la legitimidad política.⁷²

Así pues, y tomando las acotaciones que hemos perfilado en este apartado y en general a lo largo de todo el capítulo, tratemos de acercarnos a una definición congruente del nacionalismo.

En la introducción a su célebre texto *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Eric J. Hobsbawm advierte que suscribe el concepto de nacionalismo expuesto por Ernest Gellner: "un principio que afirma que la unidad política y la nacional debería ser

⁷⁰ Semo, Ilán Introducción a *Nación y pueblos indios...* op cit., p.V

⁷¹ Anderson, Benedict *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 1997, p. 24

⁷² Toscano Méndez, Manuel "Nacionalismo y pluralismo cultural" en *Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos*, Madrid, Trotta, 2000, p. 73

congruente ⁷³ Inevitablemente, sale al paso de esta definición el principio axiomático que prohíbe definir un concepto a través de su misma enunciación. Desde nuestra perspectiva, acaso merezca la pena sustituir en la definición de Gellner el concepto *nacional por cultural*, puesto que, como hemos sostenido, la nación no es tal sino en la medida en que en su seno opera ya la simbiosis entre política y cultura. Por lo demás, consideramos que no es válido desacreditar la propuesta suscrita por Hobsbawm.

En resumen, nosotros diríamos que el nacionalismo puede definirse como *un complejo ideológico moderno con base en el cual el Estado hace posible a la nación y cuyo principio fundamental es justamente la coincidencia de unidad política y unidad cultural*. El nacionalismo, a su vez, *adopta distintas formas de acuerdo a su realidad específica y participa en distinta medida de las fuentes filosóficas que inspiran a la nación*.

⁷³ Hobsbawm, *Op. cit.*, p.17

Tercera parte

La desintegración yugoslava

1. Seis Repúblicas y dos Provincias autónomas

Volviendo, esta vez brevemente , a la historia, no parece haber duda en torno a que el último intento de Tito por conservar unida a Yugoslavia había sido la Constitución de 1974. La instauración de una presidencia colegiada garantizó a las Repúblicas un margen de participación en las políticas centrales verdaderamente equitativo. Las provincias, por su parte, experimentaron un crecimiento considerable de las prerrogativas que en el marco del régimen federal contemplaba el nuevo orden jurídico. A pesar de esto, la situación aparecía mucho más grave; Tito, que había sido artífice de la construcción de la Yugoslavia toda, sabía de los riesgos que la federación enfrentaría una vez consumada su muerte. Parte de esos riesgos, incluso, eran ya palpables como consecuencia de la crisis petrolera que orilló a las Repúblicas más desarrolladas a cuestionarse sobre el sentido de la cooperación económica con las demás entidades.

La respuesta política brindada por Tito en aras de mantener la unión de las repúblicas fue, sin embargo, insuficiente. La nueva Constitución -hoy lo sabemos- no pudo erigirse en un terreno firme al cual anclar las aspiraciones de los pueblos que al interior de Yugoslavia se habían mantenido al margen de reivindicaciones secesionistas. Un documento, por mucho que gozara del reconocimiento público, no sería lo suficientemente fuerte como para sustituir a la figura política Tito.

Demos un vistazo a la situación de las Repúblicas y las Provincias en los albores de la etapa final de la historia yugoslava.⁷⁴

Eslovenia. 1.9 millones de habitantes. Es la más septentrional de las Repúblicas, pero es también la más homogénea: su población es eslovena en un 90%. Su capital es la ciudad de Liubliana. Su lengua está notoriamente distanciada del serbo-croata, que es la lengua oficial, a pesar de que forma parte también del tronco lingüístico eslavo. Esta República nunca fue soberana. Para 1989, Eslovenia genera el 21% de la producción total yugoslava. En 1991, sus exportaciones suman 4.810 millones de dólares. Su progreso económico está basado en una sólida

tradición industrial, puesto que carece de superficies agrícolas y de riquezas minerales; compraba los productos básicos a los otros miembros de la federación, los transformaba y después mandaba de regreso una parte de los productos manufacturados a las otras Repúblicas. Eslovenia cubre el 90% de su consumo energético.

Croacia. 4.7 millones de habitantes. El 11% de sus habitantes son serbios, que huyeron de los turcos cuando éstos penetraron en su región de origen; a cambio de la protección de las fronteras croatas, les fue permitido preservar sus costumbres y su religión. La capital de esta República es Zagreb. En 1989, produce el 25% de la producción total yugoslava. Durante los primeros nueve meses de 1991, sus exportaciones suman 2.494 millones de dólares. Esta República experimentó el crecimiento económico más importante de la Federación desde que ésta fue establecida. Cuenta con una importante industria (textil, naval, química, de la construcción y mecánica), pero importa las materias primas. Posee el 23% de las tierras agrícolas yugoslavas y cubre el 70% de sus necesidades eléctricas (el resto procede de Bosnia, Serbia e Italia)

Bosnia-Herzegovina 4.4 millones de habitantes. La base de esta población está constituida por serbios que se convirtieron al Islam durante la conquista. Su capital es Sarajevo. En 1971, Tito creó para ellos la nacionalidad Musulmana, que para esas fechas alcanza casi el 40% de la población de la República. Casi en igual proporción (alrededor del 20%) habitan también la región croatas católicos y serbios ortodoxos. Esta República produce el 12% de la producción total yugoslava. Durante 1991 obtuvo por concepto de exportaciones 2.187 millones de dólares. Es gran productora de minerales, especialmente de hierro (85% del total yugoslavo). La única zona fértil que posee es una estrecha franja en la frontera con Croacia, por lo que importa de Serbia los productos agrícolas básicos.

Serbia. 9.8 millones de habitantes. Sin duda la nación predominante desde el punto de vista histórico, demográfico y político. Su capital es Belgrado, que es al

⁷⁴ Cifras tomadas del diario *Le Monde* del 3 de Marzo de 1992 por Bernard Féron. Ver op cit. p.46-51

mismo tiempo Capital Federal. Del total de la producción yugoslava, Serbia coopera con el 34,8%, mientras que para 1991 sus exportaciones alcanzaron la cifra de 4.504 millones de dólares. Desde la Edad Media la economía serbia se desarrolló sobre una tradición minera. Lo que se pueda decir de esta República en el ámbito productivo debe partir del reconocimiento de que tanto Kosovo como Voivodina, en la medida en que pertenecen a Serbia, hacen elevar notoriamente sus cifras económicas. Así, en virtud de que Voivodina es el auténtico granero de Yugoslavia, Serbia es el primer proveedor de productos agrícolas básicos de la federación. Tiene, además, un excedente de producción eléctrica del 20%, lo que le permite ser el regulador del abastecimiento de las Repúblicas.

Montenegro. 610,000 habitantes. Gran parte de su población son serbios ortodoxos. Esta República, dada su localización geográfica, no fue alcanzada por el imperio turco, lo que permitió desarrollar un poder relativamente autónomo al interior de sus fronteras. Su participación en la producción yugoslava es del 1,9%. Durante 1991, sus exportaciones oscilaron alrededor de medio millón de dólares. Es exportadora de aluminio y bauxita. A pesar de contar con recursos de carbón, la capacidad eléctrica sólo cubre el 60% de sus necesidades, el resto proviene de Serbia.

Macedonia. 2 millones de habitantes. La nación macedónica fue creada por Tito. Sus habitantes hablan dialectos que varían de un valle a otro. En lo económico, esta República produce el 5,5% del total yugoslavo. En 1991 obtuvo de sus exportaciones poco más de un millón de dólares. Contrariamente a las otras Repúblicas, Macedonia ha sabido desarrollar una agricultura variada, a pesar de que tiene graves problemas de abastecimiento de agua. Es el principal productor yugoslavo de tabaco y de arroz, además de exportar, principalmente a Croacia y Eslovenia, grandes cantidades de frutas y verduras. Cubre el 80% de sus necesidades de energía eléctrica. El resto, obviamente, proviene de Serbia.

Voivodina. 2 millones de habitantes. Es la región productora del 80% de los cereales del país. Hasta el fin de la primera guerra mundial esta región perteneció a Hungría. Según el censo de 1981, los habitantes de la provincia eran serbios (54.2%),

húngaros (18,9%), croatas (5,36%), eslovacos (3,41%) rumanos (2,32%) y rutenos (0,94%). El resto estaba repartido en 18 minorías nacionales. Es, como se ha dicho, el granero del país al producir el 80% de los cereales yugoslavos.

Kosovo. 1.7 millones de habitantes. Cuando los serbios huyeron hacia el norte, luego de la batalla de junio de 1389, los turcos repoblaron la región con albaneses islamizados. Se calcula que éstos últimos integran el 85% de la población; el resto está compuesto por serbios ortodoxos, aunque existen también, en mínima proporción, gitanos, macedonios y montenegrinos. A pesar de contar con el 50% de los recursos de lignito de la federación, Kosovo representa la región más pobre de Yugoslavia

2. La desaparición de Yugoslavia

Kosovo, la cuna de Serbia, fue también la tumba de Yugoslavia. Desde finales de la década de los sesenta, la región se convirtió en un foco de tensión en lo que al surgimiento de reivindicaciones de índole política se refiere. En 1968 los estudiantes de la Universidad de Prístina se manifestaron en contra de la tutela serbia. Con la Constitución del 74 la provincia adquirió un peso mucho mayor al que hasta entonces había mantenido en el marco del régimen federal; su situación podía, en algunos aspectos, considerarse similar a la de una República. Como era de esperarse, los serbios mostraron reservas con respecto a los cambios decretados por las nuevas leyes -puesto que su poder se veía notoriamente mermado en el ámbito del gobierno central. Con respecto a las Provincias, este descontento era inevitable, puesto que *ambas se encontraban bajo la jurisdicción de Serbia. El caso de Kosovo era particularmente grave: los serbios "no querían ni oír hablar de dejar la tutela, por muy teórica que fuera, que ejercían sobre la región de su origen".*⁷⁵

⁷⁵ Féron *Op. cit.*, p.77

En 1981 resurge el conflicto. Se trata de la primera crisis grave del postitismo.⁷⁶ Del 11 al 26 de Marzo tienen lugar en Kosovo una serie de disturbios que no tenían como base, a pesar de todo, la cuestión de su estatuto como provincia. De carácter estudiantil y obrero, este movimiento no tardó en derivar en un problema étnico: gran cantidad de serbios son agredidos, saqueados y obligados a dispersarse. La situación se agudiza; la respuesta serbia poco a poco comienza a instrumentarse. En 1986 catedráticos de la Academia de las Ciencias de Serbia redactan un documento llamado *Memorandum*, que condena directamente "la repartición de las Repúblicas y provincias autónomas efectuada por Tito", por ser una "injusticia contra los serbios".⁷⁷ El texto advierte, además, sobre el riesgo que enfrentan los serbios que habitan en otras entidades, principalmente en Croacia y en Kosovo.

En este contexto es que tiene lugar el surgimiento de una figura que hará saltar el polvorín yugoslavo. Se trata de Slobodan Milosevic, de cuya biografía acaso valga rescatar el que su padre fuera maestro de teología ortodoxa y su madre militante convencida del marxismo-leninismo; por cierto, ambos se suicidaron.⁷⁸

El ascenso del líder serbio se consolida en la década de los ochenta. En 1988 encabeza en Belgrado un mitin de poco más de 500,000 personas, y en Junio de 1989, en Kosovo, durante la conmemoración de los seiscientos años de la batalla librada por los serbios en esa región contra el ejército turco, reúne a más de un millón. En Noviembre de ese mismo año, Milosevic, luego de una victoria electoral aplastante, alcanza la presidencia de la República de Serbia y se prepara para asestar a la Yugoslavia mantenida milagrosamente unida por Tito el golpe definitivo: alegando enfrentamientos sangrientos, decide privar de autonomía a las provincias de Kosovo y Voivodina.

El pacto federal estaba roto. Yugoslavia, como Estado que en su seno encerraba una realidad multinacional, enfrenta así la última gran batalla, esta vez protagonizada por los grupos enfrentados al interior de sus propios márgenes; poco a

⁷⁶ *Ibid*, p.78

⁷⁷ *Ibid*, p. 79

⁷⁸ *Ibidem*.

poco Yugoslavia, o mejor, la idea yugoslava, pierde terreno ante el empuje de "nuevas ideas" que, pese a todo, parecen estar más cimentadas en la historia que ella misma. Los nacionalismos están a la puerta.

A raíz de la posición asumida por Serbia en 1989, eslovenos y croatas, en ese orden, se prepararon para una eventual separación, no sin antes proponer la puesta en marcha de medidas que dieran como resultado un régimen confederado que permitiera mantener con vida a Yugoslavia. No obstante, esta propuesta puede resultar engañosa: no es que a las Repúblicas del norte les interesara preservar la integridad de Yugoslavia; lo que querían era más bien garantizar su bienestar propio. En todo caso, la iniciativa terminó por hacer creer, en el exterior, que ambas repúblicas estaban en favor del mantenimiento de la federación, lo que también poco tiempo después se vino abajo.

El 23 diciembre de 1990, a través de un referéndum, los eslovenos se manifiestan masivamente en favor de la independencia nacional, que es declarada tres días después. Un ejercicio similar se realiza en Croacia el 19 de Mayo de 1991 con los mismos resultados; la independencia se decreta el día 29 del mismo mes. La comunidad internacional, es decir, las potencias mundiales, se niega a reconocer a las nuevas repúblicas independientes en la medida en que consideran que su independencia ha sido decretada de manera unilateral, pero en Diciembre de 1991, Alemania revierte la situación al otorgar a Croacia y Eslovenia lo que el resto de los países les niegan. La misma posición es asumida por el Vaticano, que también reconoce la independencia de las Repúblicas. Lejos de coadyuvar a la distensión de la región, ambas decisiones colaboran con la agudización del conflicto, abonando el terreno para la aparición de la barbarie y la exacerbación de odios ancestrales, puesto que, acaso sin proponérselo, traían de vuelta al fantasma de la añeja colaboración entre la Alemania nazi y los croatas fascistas. Sobra decir que Milosevic y los nacionalistas serbios echaron mano de esta situación, para legitimar su lucha.

La violencia hace acto de presencia, sus manifestaciones tienen eco en el exterior; en Croacia las luchas cobran formas que se creían olvidadas. Europa vuelve a conocer los horrores de la guerra.

A la cadena secesionista pronto se suma Bosnia-Herzegovina. Es con base en la voluntad expresada por el pueblo el 29 de Febrero de 1992 que esta república se prepara para una eventual declaración de independencia que, sin embargo, no ve la luz a causa de la decisión, por parte de Serbia, de enfocar ahora el ataque hacia esta región, olvidándose incluso del enfrentamiento con Croacia. Bosnia-Herzegovina está, a partir de entonces, no sólo a merced de los serbios, sino también de los croatas que pretenden, dadas las circunstancias, apoderarse de una parte de su territorio. Finalmente, la CEE reconoce oficialmente a Bosnia-Herzegovina el 6 de abril.

En Bosnia, la violencia rebasa todo tipo de límites. Sarajevo, su capital, se convierte en el foco de atención de la comunidad internacional ante la reproducción de prácticas genocidas absolutamente reprobables. La utilización de términos como el de *limpieza étnica* colocan alfileres en la partes más sensibles de la conciencia europea.

Para marzo de 1993, Macedonia es reconocida por Naciones Unidas como "Ex-República yugoslava de Macedonia" como resultado del apoyo brindado por sus habitantes a la independencia de la República durante el referéndum del 8 de septiembre: el 96% de los votos avalaron la propuesta.

Yugoslavia se desgaja. Desde el 27 de abril de 1992, esta nación sólo estaba conformada por Serbia y Montenegro, luego de que los representantes políticos de dichas Repúblicas decretaran en aquella fecha el establecimiento de la República Federal de Yugoslavia.

Los años de 1998 y 1999 traen de vuelta la cuestión de Kosovo. Los conflictos entre la Provincia y la República de Yugoslavia culminan con la intervención de las fuerzas de la Organización para el Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en defensa de los derechos humanos de los albaneses de la región. La decisión de implementar el ataque en contra del ejército yugoslavo es tomada sin la cobertura institucional necesaria.⁷⁹ El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, encargado en última instancia de proporcionar el soporte jurídico a este tipo de intervenciones, no da jamás

⁷⁹ Herrero de Miñón, "Identidades" en *El País* 20 de diciembre de 1997 p.15

un mandato para que la acción emprendida contra Yugoslavia se lleve a cabo. Rusia y China manifiestan su inconformidad y acusan a las potencias occidentales de sentar las bases de un enfrentamiento internacional de alcances mucho mayores. El fantasma que acompañó durante medio siglo a la guerra fría está a la puerta. Yugoslavia, por su parte, ha muerto.

Es el fin de una idea, el ocaso de un Estado cuyas políticas no lograron replegar las identidades que incluía en favor de una identidad yugoslava.

3. El peso de la historia

a) La vida en la frontera

A lo largo de este apartado trataremos de visualizar, a la luz de la historia y apoyados en el análisis de la nación y del nacionalismo recién expuestos, cuáles fueron los motivos de la precipitación del Estado yugoslavo y el consecuente surgimiento de Estados menores como resultado de la irrupción del discurso nacionalista. En principio, tratemos de analizar cómo la ubicación geográfica de Yugoslavia contribuyó a los hechos que durante la última década del siglo XX la orillaron a la desintegración.

Cierto es que la posición geográfica de un pueblo influye demasiado en el desarrollo de su proceso histórico. No obstante, estas características no suelen ser determinantes; entender lo contrario equivale a renunciar de antemano a la búsqueda de otro tipo de explicaciones por lo general más esclarecedoras pero, por lo mismo, menos evidentes. Nosotros mismos, incluso, hemos hecho al principio de nuestra investigación una breve exposición de las características generales que en términos geográficos reúne el territorio yugoslavo; la finalidad de este ejercicio no era anticipar una hipótesis que, por lo demás, no compartimos (la del carácter "natural" de la desintegración), sino simplemente brindar una idea general acerca del espacio en el que se desarrollaron los hechos que pretendemos explicar. Así pues, no buscamos atribuir a la geografía un papel que desde luego no tiene, pero tampoco podemos soslayar su importancia.

Las condiciones climáticas y orográficas, así como la hidrología que presenta el territorio yugoslavo no son, hay que decirlo, las más adecuadas para el

establecimiento de una autoridad común sobre sus habitantes. Sin embargo, no podemos caer en la trampa del determinismo geográfico y conceder a ese espacio un carácter de ingobernable, en el sentido por supuesto de que tal gobierno se ejerciera de manera unitaria. En la actualidad hay Estados que han logrado consolidarse sobre territorios complejos y en los que, no obstante, no sobrevuela el fantasma de la desintegración. ¿Qué queremos decir con esto? Simplemente que la unidad de un Estado no depende únicamente de las características del territorio que ocupa, sino de la capacidad institucional necesaria para generar en su interior los lazos culturales, económicos, administrativos y políticos que garanticen su vigencia.

De esta manera, no es que creamos tanto en la imposibilidad de constituir un Estado en el difícil espacio yugoslavo, sino que, en todo caso, ante esta natural complejidad el Estado que emergió al final de la segunda guerra mundial no supo dar una respuesta lo suficientemente sólida como para garantizar una estabilidad duradera.

Esto en lo que toca al aspecto interno. En lo que se refiere a la posición geográfica de Yugoslavia, es decir, a su ubicación y a la importancia de ésta en términos de sus relaciones con otros Estados, la cuestión sin duda se presenta más complicada.

Existe un concepto geográfico, una noción que, a nuestro juicio, define claramente a la región sobre la que fue construida Yugoslavia. Este término es el de *frontera*. lugar incierto, de tránsito continuo, espacio muy difícilmente definible en el que la experiencia humana halla un lugar para exhibir sus más diversas manifestaciones. Territorio de múltiples encuentros al que asisten las visiones y las prácticas más disímiles como resultado del devenir humano. Esa es Yugoslavia, una frontera histórica que desde los años de la Roma gloriosa hizo las veces de puente, de límite entre imperios, religiones, potencias y sistemas de organización política en torno a las cuales fue construida la "Historia".

Si en algún lugar puede corroborarse este carácter limítrofe del territorio yugoslavo es precisamente en los anales de esa historia:

Límite entre Roma y Bizancio, entre catolicismo y ortodoxia, línea de frente entre el Islam otomano y la cristiandad austrohúngara, entre socialismo real y mundo libre, la empresa de mantener unidos en una sola entidad a los diversos pueblos, religiones, culturas y odios producto de la historia de

luchas sangrientas del pasado no parece tarea fácil. Y no lo fue mientras duró el empeño.⁸⁰

En efecto, una frontera no es nunca un territorio cuyo mayor atributo sea la simplicidad; por lo regular, los límites ni siquiera son claros y por lo mismo, casi siempre son establecidos de manera arbitraria, obligando a coexistir bajo una misma autoridad a una multitud de expresiones humanas sumamente diversas. En Yugoslavia ocurrió algo similar: la historia había heredado para su territorio una serie de diferencias culturales, políticas y económicas de no fácil conciliación. Pero veamos, a grandes rasgos, cómo fueron levantándose las barreras que acabaron por dismantelar el Estado yugoslavo.

La historia de los pueblos yugoslavos es por demás compleja; desde su arribo a la región balcánica (siglos V y VI), los eslavos hubieron de verse determinados por la influencia externa. La dispersión a que se vieron expuestas las tribus migrantes (en buena medida favorecida por las características geográficas del territorio) dio como resultado una bifurcación del destino de los pueblos eslavos que difícilmente podía ser corregida.

Pronto comenzaron a manifestarse las primeras señales de esta realidad. En el marco de la rivalidad de las iglesias católica y ortodoxa por evangelizar la región del este europeo, los pueblos eslavos asistieron al ensanchamiento de esta primera barrera que entre ellos se tendía. Si bien por sí mismas las condiciones geográficas ya impedían el contacto entre los pueblos, con el triunfo evangelizador repartido entre catolicismo y ortodoxia la situación empeoraba; mientras que croatas y eslovenos asumían la influencia romana, los serbios pasaron a ser parte de la fe bizantina.

Hacia el siglo X el mapa geopolítico de los pueblos presentaba ya los lineamientos generales sobre los que había de trazarse gran parte de su(s) historia(s). Una vez más, el destino de estos pueblos se veía partido: al Reino Carolingio se anexaron los eslovenos, mientras que los serbios formaron parte de la zona de influencia bizantina; los croatas, por su parte, encerrados entre ambas entidades, hicieron surgir un poder autónomo bajo la figura de Tomislav.

No obstante, en el terreno de la fe no todo estaba dicho; a la ya de por sí complicada cartografía religiosa de los Balcanes pronto, con la llegada de los turcos

⁸⁰ Ferón, Op. cit., p.5

otomanos, se agregaría una presencia importante de musulmanes, principalmente en lo que posteriormente sería Bosnia-Herzegovina y en Kosovo. En la primera entidad dicha presencia dio pie a la formación de un verdadero mosaico religioso: católicos, ortodoxos y musulmanes habitando una misma región. Kosovo, por su parte, fue poblada por albaneses islamizados ante la huida de los serbios hacia el norte. Aquí la mayoría musulmana no dejó nunca de ser tal.

La era de los imperios también aportó una cuota nada desdeñable en el levantamiento de barreras entre los pueblos. En este caso, una vez que ya por geografía, ya por religión, la posibilidad de tender lazos de comunicación entre los habitantes de la región balcánica se vio reducida casi a nivel de fantasía, el dominio imperial determinó que en lo económico y en lo político las diferencias también se hicieran insalvables; la zona de influencia de la monarquía austro-húngara, en la medida en que participaba en y de un proceso de producción más "occidentalizado", pudo desarrollar mecanismos y procesos internos de desarrollo económico lo suficientemente sólidos como para colocarse a la cabeza de la Federación cuando la existencia de ésta tuviera lugar; entretanto los serbios, sometidos al imperio turco, no pudieron más que sujetarse a los ordenamientos de la incipiente economía tributaria sobre la que se sustentaba el imperio. .

En lo político, los imperios también heredaron diferencias. Mientras que croatas y eslovenos disfrutaron de ciertas garantías como territorios de la monarquía de los Habsburgo, los serbios vivieron durante más de quinientos años sojuzgados a un poder central al que lo último que podía interesarle era dotar de cualquier tipo de autonomía a los pueblos sobre los que se extendía. Encima de esto, los mecanismos de dominación ejercidos por los turcos eran particularmente agresivos con los serbios, que al fin y al cabo habían presentado desde el principio una fuerte resistencia al establecimiento del poder otomano.

Con la llegada del fin de los imperios el panorama, lejos de aclarar, se oscurecía: ¿Cada pueblo había de poseer un Estado propio? ¿Cuántos Estados vendrían a sustituir a los imperios? ¿Sobre qué bases sería promovida la emergencia de los nuevos Estados? A la distancia, se advierte que a estas interrogantes nunca se les dio una respuesta (por lo menos no una respuesta duradera).

Los primeros en sacudirse la tutela imperial fueron los serbios, quienes en 1829 alcanzaron la independencia y desde entonces y durante gran parte del siglo XIX se dieron a la tarea de expulsar a los turcos de los territorios vecinos. El legado histórico del imperio otomano difícilmente puede ser objeto de algún tipo de presunción:

(los pueblos liberados) eran en gran parte analfabetos, políticamente atrasados y económicamente inestables (...) la solución alcanzada, si se le puede llamar solución, fue convertir las provincias balcánicas en Estados soberanos a medida que se las iba sustituyendo de la jurisdicción del sultán.⁸¹

Los croatas y los eslovenos, por su parte, tuvieron que esperar el desenlace de la primera guerra mundial para aspirar a la conformación de un Estado independiente (aunque hoy habría que preguntarnos si en verdad ellos mismos deseaban que esto sucediera, así como, en caso de que así fuera, cuáles eran las motivaciones que generaron la aparición de este deseo). Ya en el siglo XIX el imperio de los Habsburgo aparecía como un anacronismo que se debilitaba, pero contaba con el apoyo de Alemania,⁸² lo cual le significó, tanto una supervivencia efímera, como, llegado el momento, su propia desaparición.

Entonces, sólo entonces, la historia permitió que sobre los eslavos del sur se construyera una entidad política unitaria. ¿No era ya demasiado tarde? El poder imperial, ejercido en la región durante tantos siglos,

(...) fue sustituido, bajo el alto patronato del presidente Wilson, por un conglomerado de pequeños Estados (...) la nación, no como concreta realidad histórica, sino como aspiración sentimental, se convierte en el principio configurador de la mitad de Europa, identificándose vagamente con los principios democrático-liberales.⁸³

El hecho de que el desmembramiento de los viejos imperios se convirtiera en la base del nuevo orden internacional dirigido por las potencias vencedoras, provocó que los nuevos Estados fueran promovidos, y su establecimiento decretado, fuera de sus propias fronteras. Las consecuencias de esta imposición pronto salieron a la luz: en el caso de los pueblos que después se agruparán en torno a la idea yugoslava, los

⁸¹ Brunn *Op. cit.*, p.211

⁸² *Ibid*, p.213

⁸³ Díez del Corral, Luis *El rapto de Europa*, Madrid, Alianza, 1974, p.316

fundamentos de la entidad que pretendía englobarlos nunca terminaron de esbozarse. Con la nueva aparición de la guerra, el Reino de Yugoslavia desaparecía. No obstante, durante el breve período de vida de este embrión estatal las luchas políticas que en su interior ocurrieron dejarían abierta una herida que jamás sanaría del todo.

Es el fin de la segunda guerra mundial; es el principio de Yugoslavia; es, una vez más, la puesta en marcha de un ideal fraguado por las grandes potencias. Baste ilustrar esta afirmación con las palabras que W. Churchill dirigió a Stalin en el marco de las negociaciones sobre la futura realidad internacional:

Qué diría usted sobre un predominio de 90% en Rumania para ustedes, un predominio de 90% en Grecia para nosotros, y partes iguales 50/50 en Yugoslavia? (y después, ante la afirmativa del líder comunista) ¿No se encontrará un poco cínico que parezca que hemos solucionado estos problemas, de los que depende el destino de millones de seres, de una manera tan ligera? Quememos este papel. *No, guárdelo*, dijo Stalin.⁸⁴

De esta manera fue "resuelto" un problema abonado durante siglos y siglos de peripecias históricas. En efecto, "todo fue solucionado en menos tiempo del que toma para escribirlo."⁸⁵ Hoy pueden advertirse las consecuencias de este memorable episodio: "si Churchill le hubiese dedicado en Yalta no unos minutos, sino unas cuantas horas a los destinos de varios pueblos de los Balcanes, muchos horrores habrían sido conjurados hace largo tiempo."⁸⁶

Con la salida a escena del mariscal Tito, Yugoslavia emergía sin la existencia previa de un acuerdo entre las entidades que la conformaban acerca de los lineamientos sobre los que la convivencia habría de llevarse a cabo. ¿Cómo conciliar las profundas diferencias existentes entre los pueblos yugoslavos? Ignorándolas, o al menos esa fue la respuesta de Tito, quien "barajaba los naipes étnicos, favoreciendo a veces a los serbios y reprimiendo a los croatas; otras, socavando el centralismo de Serbia."⁸⁷

Ciertamente, durante el régimen de Tito Yugoslavia no dejó de ser una frontera, e incluso fue entonces cuando con mayor claridad pudo apreciarse este carácter: geográficamente, Yugoslavia era parte de la llamada "cortina de acero", que

⁸⁴ Jernarulens, Pierre de *Yalta*, México, FCE, 1988, p.66

⁸⁵ *Ibidem*.

⁸⁶ Kadaré, Ismaíl "¿Pueden europeizarse los Balcanes?" en *El País digital*, domingo 11 de Abril de 1999 No.1073

dividía a la Unión Soviética de los países occidentales, además de encabezar el movimiento internacional de los "no-alineados". En este sentido, la única diferencia que esta etapa guarda con respecto a las anteriores es sin duda que, entonces, Yugoslavia contaba con un Estado único, cuya supervivencia era también producto de un doble discurso por parte de Tito: por un lado presumía de haber puesto en marcha el "socialismo puro", sustentado en la autogestión, pero por la otra, era beneficiario de grandes cantidades de dinero procedentes de los Estados Unidos como parte de una estrategia política que buscaba garantizar la no participación de Yugoslavia en el bloque de países comunistas del este europeo, asegurando de esta forma la vigencia de la ruptura de Tito con Stalin.⁸⁸

Esta es la lectura que nosotros damos al papel asignado por la historia al espacio que ocupó durante más de tres décadas el Estado yugoslavo. Una a una se fueron levantando las barreras que finalmente imposibilitarían la existencia de un solo poder sobre los eslavos del sur. Yugoslavia, ciertamente, representó un intento fallido por establecer sobre la base de un principio racial un Estado al que las diferencias culturales presentaban fuertes resistencias: un país construido en la frontera.

b) Un mosaico cultural

Hasta aquí, sólo de manera general nos hemos referido a esa realidad multicultural que impidió la consolidación de un Estado yugoslavo. Sobra decir que fue en nombre de esa misma realidad que el surgimiento de los nacionalismos se hizo posible. Veamos ahora los aspectos concretos de esta diversidad cultural.

Ya en la primera parte de nuestra investigación, al emprender la revisión histórica, y después, al enumerar las características generales de cada una de las Repúblicas, hemos brindado una idea acerca de las múltiples expresiones culturales yugoslavas. En efecto, cada entidad federativa (ya sea República o Provincia), en mayor o menor medida, aparece como distinta de las demás. La complejidad del problema, sin embargo, no se agota en esta primera diferenciación: al interior de estas mismas entidades la existencia de grupos culturalmente diversos era tangible.

⁸⁷ Rieff, David "La ruina de Bosnia" en *Letras Libres* No. 13 Enero, 2000 p. 124

⁸⁸ La asistencia material proporcionada por los Estados Unidos a Yugoslavia tuvo lugar precisamente a partir del Plan Marshall. Yugoslavia era el único país comunista que se beneficiaba de este apoyo, gracias al cual fue posible la supervivencia económica del titismo. Ver Rieff, *op cit.*

Los fundadores del régimen habían establecido tres categorías en torno a las cuales habrían de agruparse los habitantes yugoslavos.⁸⁹ La primera de ellas era la de *nación*, para la cual estaba reservado el derecho a poseer una República. En orden de importancia, le sigue a esta categoría la de *nacionalidad*, que disfrutaría de cierta autonomía en el interior de una República. La tercera categoría era la de las *minorías*, para las cuales no estaba previsto ningún tipo de prerrogativas pero que, sin embargo, figuraban en las estadísticas, sobre todo durante los censos.

Las naciones se agrupaban pues en torno a las seis Repúblicas: Eslovenia, Croacia, Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro y Macedonia. Había dos nacionalidades: albanesa y húngara, que tendrían su provincia en la República serbia. No obstante, la complejidad del problema se aprecia a la hora de revisar las minorías. En orden de importancia numérica éstas eran: gitanos, turcos, eslovacos, rumanos, búlgaros, valacos, checos, italianos y ucranios. Apúntese, además de este ya complicado panorama, que el 5% de la población, durante el censo de 1981, se declaró, sin más, yugoslava. Sin duda no deja de llamar la atención el que esta última orientación no goce de gran arraigo entre los habitantes de la federación.

Para darnos una idea de la problemática que este verdadero laberinto de categorías ciudadanas entrañaba, baste decir que sólo en la República serbia coexistían, entre naciones, nacionalidades y minorías, la escandalosa cifra de veintiséis.

Esto en lo que toca a las categorías reconocidas por el régimen, seguramente con la idea de que el mero reconocimiento oficial bastaría por sí mismo para aliviar siglos enteros de luchas y conflictos.

Otro de los renglones en los que la diversidad cultural se expresaba en la Yugoslavia titista era en el de la lengua.⁹⁰ Hacia comienzos de la década de los noventa, tres dominios lingüísticos eran identificados en el interior de la federación: en la zona alpina, se utilizaba el esloveno; en el centro, representado por Croacia, Serbia, Bosnia-Herzegovina y Montenegro, el serbo-croata, y al este, el búlgaro macedónico, aunque, como hemos advertido anteriormente, los habitantes de Macedonia suelen comunicarse a través de dialectos que varían de un valle a otro.

⁸⁹ Féron, *Op. cit.*, p.41 y 42

⁹⁰ *Ibidem.*

A quien no vea en esta realidad un problema esencial para la consolidación de una nación única, sin duda, no estaría de más recomendarle unas vacaciones. Ahí, sin embargo, no termina el conflicto lingüístico; hay que agregar aquí la existencia de dos alfabetos distintos para la escritura del serbo-croata: el cirílico, en Serbia, y el latino, en Croacia. Esto, hay que decirlo, es de la mayor importancia, sobre todo si se toma en cuenta que se trata de la lengua oficial. Sin duda que no puede atribuirse la falta de un alfabeto único al régimen titista; por muy convencido que hubiera estado de la necesidad de utilizar o el latino o el cirílico, la sola aparición de una iniciativa en ese sentido hubiera sido suficiente para suscitar un conflicto entre serbios y croatas, ¿o acaso alguno de ellos hubiera desistido de una práctica ya para entonces milenaria que, además, les dotaba de cierta originalidad cultural?

Pese a todo, muy probablemente sea en el terreno de la fe donde la diversidad cultural yugoslava aparezca prácticamente como irreconciliable.⁹¹ Aproximadamente, unas cuarenta confesiones religiosas estaban reconocidas por el régimen —en teoría ateo— del mariscal Tito. Ciertamente, la mayoría de ellas agrupaba solamente a algunos centenares de fieles; otras habían sido casi exterminadas por los nazis durante la ocupación alemana. Se dice que hasta antes de la guerra en Yugoslavia habitaban alrededor de 76,000 judíos, de los cuales 60,000 murieron en los campos de concentración y otros 8,000 se trasladaron a Israel. Testigos de Jehová, nazarenos —instalados principalmente en Voivodina durante el siglo XIX— y otras como la llamada “Iglesia de la lluvia tardía”, son algunas de las agrupaciones religiosas de las que hasta hace pocos años se tenía registro en Yugoslavia.

Sin embargo, las principales religiones extendidas a lo largo y ancho del espacio yugoslavo son tres: la iglesia ortodoxa, el catolicismo y el Islam. La primera de ellas constituye la más importante en lo que toca a las Repúblicas de Serbia, Montenegro y Macedonia. Está presente en la primera de estas Repúblicas desde el siglo IX. En 1219 se declaró autocéfala, rompiendo de esta manera con el patriarca de Constantinopla. Hasta 1967, todos los cristianos yugoslavos estaban bajo la jurisdicción de la autoridad serbia, lo que cambió luego de que a su vez, durante ese mismo año, la iglesia macedónica también se declarara autocéfala, obteniendo como respuesta la clasificación, por parte del patriarca de Moscú, de cismática.

⁹¹ *Ibid*, p.70-73

En torno a esta religión existían, hacia 1992, unos ocho millones de fieles repartidos en veinte diócesis. Cuatro seminarios formaban a los sacerdotes rurales y existían entre 150 y 200 monasterios. En el pasado, la persistencia serbia en contra del enemigo otomano era posible gracias a la presencia de la iglesia ortodoxa, entonces la única institución capaz de establecer cierta cohesión entre los serbios. Cabe además destacar el que, de las tres religiones principales, la iglesia ortodoxa fue la que siempre mantuvo mejores relaciones con el Estado.

La segunda gran religión yugoslava era el catolicismo romano, que agrupaba a seis millones de fieles, contando asimismo con veinticuatro diócesis y treinta y cuatro obispos. La presencia del catolicismo es mayoritaria en Croacia y Eslovenia, importante en Bosnia-Herzegovina y minoritaria en Serbia. Durante el breve período de vida de la primera Yugoslavia, las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado no fueron muy cordiales; menos aún a la llegada del mariscal Tito, quien incluso emprendió una campaña contra los que consideraba –no sin cierta razón– cómplices de los invasores italianos durante la ocupación. De esta serie de represalias vale destacar la condena que hubo de cumplir monseñor Stepinac luego de ser acusado de facilitar y apoyar la introducción de las fuerzas fascistas en territorio yugoslavo.

La tercera religión de importancia en Yugoslavia está constituida por el Islam, cuyos enclaves primordiales son Kósovo y Bosnia-Herzegovina. En la primera entidad, los fieles son en su mayoría de origen albanés, debido al traslado masivo a dicho territorio de gran cantidad de habitantes de la República vecina del sur durante la ocupación otomana. En la segunda, se trata de eslavos que optaron por la conversión religiosa ante la disminución de cargas de tipo fiscal que durante la permanencia turca era ofrecida a quien optara por esta medida. Se calcula que esta religión acapara aproximadamente a dos millones 800 mil fieles. Ciertamente, durante los años del mariscal Tito esta religión gozó de ciertas garantías. La explicación de este hecho se encuentra en la necesidad, asumida por Tito, de garantizar a toda costa el mantenimiento de buenas relaciones con países como Irak y Libia, ambos pertenecientes al movimiento de los no-alineados y, sobre todo, productores de petróleo en gran escala. De estas naciones provenía el capital con el que se hizo posible la construcción de 600 mezquitas en territorio yugoslavo –dato curioso si

tomamos en cuenta que después de la segunda guerra mundial no fue erigido un solo templo ortodoxo en Yugoslavia.

A grandes rasgos, estos son los elementos que hacen posible hablar de diversidad cultural en Yugoslavia. ¿Qué respuesta ofreció ante esta realidad el régimen del mariscal Tito? ¿Sobre qué bases se intentó construir una nación yugoslava? ¿Cuáles fueron los resultados de esta empresa? Tratemos de dar respuesta a estas y otras interrogantes que inevitablemente surgen ante el ocaso de la federación yugoslava.

4. Los nacionalismos yugoslavos

a) Tito y la cuestión nacional

Hacia el comienzo del año 1991, la federación yugoslava se convulsiona como consecuencia de la formal ruptura del pacto federal. Son Eslovenia y Croacia las primeras Repúblicas que optan por la vía de la escisión. Pronto la situación escapa de cualquier tipo de control y adquiere tintes dramáticos. Durante prácticamente toda la década que cierra el siglo XX, Yugoslavia se ve envuelta en una serie de eventos que cuestionan severamente, por un lado, a la comunidad internacional representada por las grandes potencias y, por el otro, a todos los que habían participado de la “borrachera de ilusiones” generada a partir de la caída del bloque soviético.

Hoy, a algunos años de distancia de los terribles sucesos que abrazaron al destino de tantos seres en la parte olvidada de Europa, es necesario intentar responder a las preguntas que inevitablemente emergen ante la reaparición de formas de violencia y tácticas de genocidio que parecían olvidadas. Esta investigación parte precisamente de ese cuestionamiento, sin embargo, pretender darle respuesta al calor de las emociones que por sí misma despierta una realidad tan cruda puede devenir no sólo en un estudio irrelevante, sino, lo que es peor, en planteamientos que pueden generar interpretaciones que de manera implícita permitan –o justifiquen– una vez más la presencia de sucesos reprobables.

Consideramos que a pesar de la complejidad del proceso yugoslavo podemos, con base en el análisis que hemos realizado, aventurar una serie de hipótesis acerca de las causas de la desintegración de la nación balcánica. La necesidad de aterrizar las ideas esbozadas con anterioridad es ineludible; vayamos

ahora al encuentro con lo que a nuestros ojos constituyen las causas de la desintegración yugoslava.

¿Qué desapareció durante la década de los noventa? Sin duda lo que bien podríamos llamar la Yugoslavia de Tito. Sin contar los años aciagos de las guerras que dieron al traste con el proyecto yugoslavo, la existencia de este Estado corre al parejo de la carrera política de uno de los dictadores más singulares de la historia europea reciente: desde su aparición en el escenario político hasta su propia muerte, Tito fue el artífice de una nación que simple y sencillamente no existía; se trataba de un Estado multinacional que se desgajó inmediatamente después de su desaparición. Desde nuestra perspectiva, parte de las condiciones necesarias para este virtual desmembramiento obedecieron a la respuesta que Tito ofreció a la complejidad cultural que encerraba el territorio yugoslavo. ¿En qué consistía esta respuesta? En ignorar que dicha realidad existía; por lo menos eso es lo que arroja como resultado el análisis del régimen del mariscal.

Pensamos que existen dos caminos para de algún modo explicar el por qué de esta negativa a reconocer que Yugoslavia era depositaria de una variedad de culturas y de formas de vida que en cualquier momento, dada la existencia de rivalidades históricas, estallarían dando como resultado la desintegración del Estado yugoslavo. En primer lugar, está la hipótesis de que Tito, dada su formación marxista, entendía el problema de la nación como algo superado. Gurutz Jáuregui señala con acierto que el marxismo, "en cuanto doctrina del proletariado, resulta ajeno en sus concepciones filosófico-políticas al hecho nacional."⁹² En realidad no es que el propio Marx no hubiera advertido la presencia de conflictos en torno a la cuestión nacional, sino que para él simplemente dichos problemas podían prescindir de importancia ante la tarea prioritaria de redimir a la clase proletaria internacional del yugo burgués. Baste observar lo que él mismo señala en *La cuestión nacional y la formación de los Estados*:

Nosotros debemos colaborar con la liberación del proletariado de Europa occidental y tenemos que subordinar todo lo demás a este fin. Y los eslavos de los Balcanes, etc. Pueden muy bien ser también dignos de interés, pero

⁹² Jáuregui, *Op. cit.*, p.115

a partir de que su deseo de liberación entre en conflicto con el interés del proletariado, ¡ellos pueden muy bien irse al diablo!⁹³

Evidentemente que la problemática nacional, a la luz del marxismo, no constituye el problema fundamental. Quizá Tito, en algún momento de su formación teórica, se encontró con estas mismas líneas y, a juzgar por los hechos, durante su larga gestión atendió puntualmente sus recomendaciones.

No obstante, hay que observar que, en efecto, no podemos hablar de Tito como un hombre de principios teóricos bien demarcados: el mariscal era un hombre pragmático cuyas decisiones siempre fueron tomadas al calor de los sucesos que iban dibujando el panorama político internacional. Desde nuestro punto de vista, es ahí donde descansa la verdadera razón de la aparente apatía mostrada por Tito ante el problema de la convivencia entre los diferentes grupos que componían Yugoslavia. Su habilidad política pronto le hizo reparar en el hecho de que ante tal situación de conflicto potencial lo más conveniente era precisamente alternar la concesión de funciones políticas y de prerrogativas legales a favor de los diferentes grupos. Como hemos señalado anteriormente, el dictador supo barajar los naipes nacionales de una manera admirable.

Sin embargo, no deja de llamar la atención la ausencia de reivindicaciones de tipo étnico o nacional durante el largo gobierno titista. Ante este curioso evento no parecen haber demasiadas respuestas. el régimen de Tito era sumamente autoritario y represor; ahí está el caso de los jefes *ustachis* croatas y el de los *chetniks* serbios en el momento de gestación de la dictadura comunista. El ejercicio, a veces no muy sutil, de medidas represivas no se limita sin embargo a este primer momento. Hay que recordar la campaña emprendida por Rankovic en contra de todo tipo de disidencia, misma que hacia 1966 ve su fin generando lo que sería la primera gran crisis del titismo. De esta crisis el sistema no habría de levantarse; la creación de la Cámara de las Nacionalidades como consecuencia directa de la destitución de Rancovik será el primer síntoma de descomposición del régimen, al tiempo que pone ya sobre la mesa un problema inocultable.

⁹³ Marx, Karl y Federico Engels *La cuestión nacional y la formación de las naciones*, México, Siglo XXI, 1973, p.265

A partir de entonces, Tito habrá de atender lo que hasta entonces había evitado: la cuestión de los grupos étnicos. En principio, y esto es algo que por sí sólo se explica, Tito recurrió a la fuerza para evitar la generación de focos de tensión en torno al problema étnico. Sin embargo, la creciente expansión del discurso nacionalista, aunada a la cada vez menor capacidad de respuesta por parte de la autoridad estatal, terminó por materializarse en una serie de modificaciones legales que en 1974 dieron pie al nacimiento de una nueva constitución, de la que, sin ninguna duda, los mayores beneficiarios serán justamente las naciones agrupadas en torno a las Repúblicas.

Hasta ese momento fue que Tito trató de dar respuesta al problema nacional, que para entonces ya perfilaba los rasgos que habrán de caracterizar al proceso de desintegración.

b) El surgimiento de los nacionalismos

Con la muerte de Tito quedaba abierta una nueva etapa de la historia yugoslava; quizá entonces pocos se imaginaron que, como unidad política y socioeconómica, esta etapa sería la que daría por concluida la existencia de Yugoslavia

Desde nuestra perspectiva, el surgimiento de los nacionalismos separatistas en aquel país no puede explicarse a la luz de una sola causa, es decir, que no podemos atribuir todo el peso de una transformación histórica tan importante a la desaparición del dictador. Ciertamente este suceso reviste una importancia fundamental, pero sólo en términos de lo que bien podríamos llamar el inicio del fin. En efecto, tal evento no explica totalmente ni el surgimiento de los nacionalismos ni su triunfo político, sino que constituye una entre muchas otras razones: la realidad no es tan simple y, por lo mismo, la explicación de los cambios que sobre ella operan requiere de la aceptación explícita de este principio. Nosotros, lejos de atribuir toda la responsabilidad de los años caóticos a un hecho relativamente tan simple como el fallecimiento de la personalidad políticamente más importante de Yugoslavia, proponemos asumir dicha eventualidad como la que da pie al inicio de la etapa de desintegración. A este respecto valga hacer una aclaración. No pretendemos ignorar el hecho de que en Yugoslavia, incluso desde mucho antes de la aparición del mariscal, las condiciones para el establecimiento de una autoridad común no eran las

más loables, situación advertida, entre otros, por Bernard Féron, quien aludiendo al nacimiento de la primera Yugoslavia escribe que "el embrión yugoslavo tenía como una especie de vocación de nacido muerto."⁹⁴ Ciertamente, pero cuatro décadas de supervivencia merecen ir más allá; para nosotros, la Yugoslavia que ve su fin durante la última década del siglo pasado es la que nació con el arribo al poder del mariscal, por lo cual pensamos que debemos abocarnos a la explicación de la muerte de ese Estado en particular, apoyados en el significado que a la luz de la historia revisten los hechos ocurridos precisamente en los últimos años de vida del mismo.

Así pues, partiendo del reconocimiento de que con la muerte de Tito el proceso de desintegración se acelera, tratemos de dilucidar qué otros factores coadyuvaron al surgimiento de los nacionalismos y a la consecuente ruina del Estado yugoslavo. Ya vimos como la historia colaboró con la ruptura yugoslava; ahora veamos cómo, en qué coyuntura y bajo qué condiciones concretas transcurrieron los hechos que propiamente terminaron con el Estado balcánico. Ciertamente, a partir de la muerte de Tito tienen lugar en Yugoslavia una serie de hechos que poco a poco preparan el terreno para la aparición de las reivindicaciones de índole nacionalista que finalmente echaran por la borda a la idea yugoslava.

Ciertamente, Yugoslavia presentaba, desde comienzos de la década de los ochenta, una realidad que pocos años después haría posible la irrupción de los discursos nacionalistas. En el plano económico, el panorama era verdaderamente desolador. La quimera construida por Tito se desvanecía en la medida que el apuntalamiento económico se venía abajo como consecuencia de la pérdida de interés en Yugoslavia por parte de los países occidentales. Evidentemente, esta situación obedecía al debilitamiento del discurso de la guerra fría, que durante esa misma década dejó de determinar los lineamientos de la política internacional. La economía yugoslava, ante esta realidad, comenzó a hacer más inexplicables una serie de misterios acerca de su funcionamiento: ¿cómo era posible vivir en un país donde los precios que se pagan son desproporcionadamente más elevados que los salarios? Una respuesta eficaz a este aparente misterio la constituye el crecimiento desmedido, durante la década de los ochenta del llamado doble empleo:

⁹⁴ Féron, *Op. cit.*, p.25

Hasta las primeras horas de la tarde los asalariados ganaban una remuneración, más bien modesta, a cambio de una actividad no febril y, sobre todo, del derecho a las prestaciones sociales. Acto seguido, empezaba para los más emprendedores una segunda jornada que sí daba dinero. Los más listos incluso lograron encontrar el primer puesto para el sombrero: por la mañana iban a colocar simbólicamente el sombrero en la empresa que les empleaba oficialmente; cumplida esta formalidad, desaparecían para ganar dinero.⁹⁵

Las consecuencias de esta realidad pueden leerse en una cifra reveladora: hacia finales de los 80, la economía paralela sobrepasaba el 20% del producto nacional bruto. Evidentemente, ante esta situación todas las estadísticas pierden significado. Los yugoslavos, en efecto, se veían cercados por la situación económica heredada por el mariscal, al tiempo que descubría que su bienestar, envidiado por todo el Este, descansaba en una montaña de deudas; simplemente en 1989 la inflación fue de 2,500%, lo cual quizás ayude a explicar la irritación y la desesperación que a los hombres de carne y hueso embargaba en los años que precedieron el estallido del conflicto

Por otra parte, el mercado nacional se debilitaba a pasos agigantados: los intercambios comerciales entre las Repúblicas fue perdiendo terreno ante el que cada una de ellas, por separado, llevaba a cabo con el exterior. En torno a este asunto escribía en 1983 Paul Yankovic:

Constituidas en Estado dentro del Estado, Repúblicas y regiones autónomas poseen redes eléctricas y de carreteras, radio y televisión, comercios y balanzas de pago con el exterior, industrias metalúrgicas, químicas, electrónicas, vías férreas, etc. La política de autarquía que practican ha roto la unidad del mercado.⁹⁶

Este resquebrajamiento del mercado tenía lugar en el marco de una rivalidad manifiesta que, sin embargo, no era nueva. Durante la década de los sesenta el gobierno federal había creado un Fondo de Solidaridad, a través del cual se pretendía brindar un apoyo económico considerable a las Repúblicas pobres. Obviamente, los recursos necesarios para tal empresa provenían de las Repúblicas más solventes, lo cual provocó airadas respuestas por parte de los dirigentes de éstas últimas, que

⁹⁵ *Ibid.*, p. 53

⁹⁶ *Ibid.*, p. 57

argumentaban que el fruto de su trabajo era utilizado en el financiamiento de empresas *no rentables e inútiles*.⁹⁷

Con todo esto a cuestas, pocas esperanzas podían albergar los yugoslavos en torno a su futuro inmediato. Tanto en lo que toca a los individuos como en lo relativo a las Repúblicas, la situación se presentaba caótica.

En la esfera de lo político, el panorama no era más promisorio. A la desaparición física del mariscal se ha de sumar el debilitamiento de la Liga Comunista Yugoslava, que ciertamente se venía abajo como consecuencia de su propia estructura. El hecho de que dicha composición obedeciera a los criterios federales permitió que pronto la reivindicación de los intereses propios de cada República se sobrepusieran a los de la Federación, lo que naturalmente trajo consigo la desintegración paulatina de la Liga. En efecto, en Europa del Este "el derrumbe repentino de los partidos comunistas en el poder tuvo por consecuencia un vacío institucional."⁹⁸ Bogdan Denitch escribe sobre los efectos que trajo consigo el derrumbe de esta institución, sin duda central en el ámbito político yugoslavo:

El sistema político yugoslavo, que había sido monopolizado formalmente por la LCY, había hecho imposible el desarrollo de una oposición responsable y legítima que se viera obligada a desarrollar y ofrecer programas alternativos nacionales en toda Yugoslavia.⁹⁹

Así las cosas, no era de extrañar el que una vez inaugurada la era de los procesos electorales abiertos en Yugoslavia los partidos nacionalistas, apelando abiertamente a la culpabilidad ajena (es decir, a la culpabilidad de las otras Repúblicas), aplastaran a los grupos que, ciertamente de manera muy superficial y efímera, pugnan por una transformación paulatina del sistema político.

Aunado a esto, hay que tener en cuenta los cambios generados en el plano jurídico hacia mediados de los años setenta: muchos expertos han esgrimido que Yugoslavia "estaba demasiado descentralizada por la Constitución de 1974, lo que dificultaba y hacía casi imposibles, al menos legalmente, las decisiones económicas y

⁹⁷ *Ibid*, p.55

⁹⁸ Denitch, Bogdan *Etnicidad y nacionalismo. La trágica muerte de Yugoslavia*, México, Siglo XXI, 1995, p.96

⁹⁹ *Ibid*, p.119

políticas.”¹⁰⁰ Las mismas reformas planteadas en el orden legal heredado por Tito fueron las que, de algún modo, permitieron la irrupción abrupta del conflicto hacia el inicio de los años noventa, principalmente cuando Milosevic decidió privar de autonomía a la Provincia de Kosovo y garantizar, de esa forma, el voto kosovar en el interior de la presidencia colegiada desprendida del texto constitucional.

En realidad, las diferencias económicas y políticas entre las Repúblicas eran lo suficientemente grandes como para forzar la situación. Croacia y Eslovenia presentaban condiciones de desarrollo económico notablemente más loables que las del resto de las Repúblicas; carecían, sin embargo, del poder político, en manos de Serbia, que pese al espejismo de la Federación y a la especulación política llevada a cabo por Tito no perdió nunca el lugar prominente que desde la conformación de la primera Yugoslavia había tenido. Todo había sido puesto en manos de la Liga Comunista y de los posibles contrapesos nacidos de la presidencia colegiada. Una y otra institución se derrumbaron ante una ausencia tan grande.

Pronto el vacío institucional generado por el colapso de la LCY era aprovechado por los nacionalistas de cada una de las Repúblicas; la emergencia de los partidos de esta índole garantizaba la existencia del escenario de la desintegración. No obstante, la existencia de partidos políticos dispuestos a competir por el poder en el marco de procesos electorales abiertos era profusa. En 1992, los 250 escaños del parlamento serbio fueron disputados por 45 partidos; en Montenegro, por 95 escaños participaban 19 partidos. En la primera de estas Repúblicas el Partido Socialista de Milosevic sucedió de manera natural a la Liga de los Comunistas, mientras que en Montenegro, a no ser por el Partido Liberal, que agrupa a albaneses y musulmanes, el Partido Democrático de los Socialistas garantiza la extensión del nacionalismo serbio; en Eslovenia, una coalición de siete partidos, denominada *Demos*, asumió el poder a partir de la independencia, pasando por encima del Partido de la Renovación Social Democrática, que agrupaba a los antiguos dirigentes comunistas dirigidos por Milan Kucan; en Kosovo aparecen dos posiciones, la de la minoría serbia, que apoya a los ultranacionalistas, y la Liga Democrática, que representa a la población albanesa y que, por lo mismo, no es menos nacionalista; en Voivodina la Comunidad Democrática de los Húngaros ha sido la fuerza política

¹⁰⁰ *Ibid*, p.114

dominante; en Croacia, los partidos más fuertes son también de índole nacionalista: la Unión Democrática Croata, de Tujman y el Partido Croata del Derecho; en Bosnia, la mayoría musulmana apoya al partido Acción Democrática, mientras que el Partido Democrático Serbio, de Karadzic, cohesiona a la minoría serbia; en Macedonia, el Partido para una Reforma Democrática guió las acciones que hicieron posible la independencia, aunque también ahí existía un Partido Democrático Serbio. Muchos partidos, como se ve. El problema fue que la gran mayoría de éstos eran nacionalistas, en un sentido u otro, pero nacionalistas al fin y al cabo

Con este escenario de fondo, entre manifiestos, declaraciones, consultas públicas, debates rípidos y advertencias de secesión, Yugoslavia se precipitaba inevitablemente hacia la ruina, que finalmente llegó en medio de prácticas genocidas cuya brutalidad hizo al mundo volver los ojos hacia una región que pocos años antes era beneficiaria de los más optimistas discursos a raíz de las nuevas condiciones para su desarrollo.

La transición yugoslava no llegó a buen puerto, por lo menos no al puerto que los apólogos del fin del imperio soviético esperaban luego de ser testigos del rumbo que tomaron los destinos de países como Checoslovaquia, Alemania Democrática y Bulgaria, donde la transición obedeció en gran medida al empuje social. En Polonia y Hungría, pese a que la transición tuvo lugar desde arriba (y en ese "arriba" deben ser contemplados gran parte de los dirigentes comunistas), el resultado fue la instauración de democracias parlamentarias. En Rumania el proceso fue más complicado; no fue sino hasta la explosión del movimiento armado que el régimen brutalmente represivo de Nicolás Ceausescu se vino abajo.

En Yugoslavia la transición se convirtió en pesadilla. Buena parte de esta realidad se debió al hecho de que los optimistas discursos no fueron secundados por acciones consecuentes en el plano político; por eso tienen valor las palabras de Pierre Schori, quien en 1996 decía que "mucho de lo que ahora sucede tiene más relación con los demonios del pasado que con los heraldos del futuro".¹⁰¹ Quizá se pensó que este país estaba lo suficientemente familiarizado con occidente como para ser capaz, por sí mismo, de establecer nuevas reglas del juego, acordes con la nueva realidad

¹⁰¹ Schori, Pierre "Entre Maastrich y Sarajevo" en *Visiones cortazarianas*, México, Aguilar-Nuevo siglo, 1996, p.87

internacional. Tito, sin embargo, había engañado otra vez a todos; su política de doble juego ciertamente funcionó mientras él vivía y, sobre todo, mientras la guerra fría persistía: después quedó exhibida como una joya de talento político y, por supuesto, como una de las cegueras históricas de consecuencias más terribles.

Una vez estallado el conflicto, muchos culparon a Alemania, que reconoció muy pronto la independencia de Eslovenia y Croacia. Aunque puede resultar ingenuo culpar a esta nación de la tragedia yugoslava, producto de siglos y siglos de diferencias y a veces de conflictos, no puede negarse que dicha medida prematura coadyuvó a que el problema Yugoslavo fuera planteado en términos étnicos: "en lugar de apoyar las reformas democráticas que deberían haber definido el marco para los eventuales cambios territoriales, se procedió al revés: dar satisfacción a los nacionalismos más radicales y aplazar la democratización."¹⁰²

Poco a poco las palabras que el célebre estadista francés Edouard Herriot pronunciara en 1931 eran asociadas a improbables dotes proféticos: "Yugoslavia no está tan unida como podríamos desear. No se reparan en unos años las consecuencias de varios siglos."¹⁰³

Y así fue. Yugoslavia desaparecía como consecuencia de la carencia de respuestas ofrecidas por Tito al complicado panorama cultural, madurado durante siglos de luchas y conflictos. Los odios producto de estas pugnas se materializaron en medidas de aniquilación de civiles cuya única culpabilidad residía en no ser parte del grupo que en cada caso concreto se presentaba como agresor (y, por supuesto, también como agredido). Las fuerzas políticas que luego de la muerte del dictador se adueñaron de la escena política no sólo no trataron de buscar una salida pacífica al conflicto, sino que promovieron la brutalidad a través de la práctica de un sistema de estímulos cuya lógica partía del reconocimiento como el más patriota al más bárbaro y al más asesino. En efecto, durante los años de la desintegración, en Yugoslavia se mataba de una forma tan descarada e insospechada porque simplemente reportaba beneficios inmediatos, como la obtención de un cargo público o el asenso en la escala burocrática o militar.¹⁰⁴

¹⁰² Milosevich, Mira "Milosevic y nosotros, los serbios" en *El País* Miércoles 14 de abril de 1999

¹⁰³ Féron, *Op. cit.*, p.23

¹⁰⁴ Ver Goytisolo, Juan *Cuaderno de Sarajevo*, México, Aguilar-Nuevo siglo, 1995

Pese a la existencia de este sistema de "premiación a la barbarie", no podemos cerrar los ojos ante un fenómeno que en todo caso resulta de mucha mayor importancia: el discurso nacionalista tuvo eco, y ese eco era de tal magnitud que orillaba a quienes participaban de él a la tortura y al asesinato. Testimonios como los de Tertsch, Goytisolo, Fuentes o Handke, nos brindan una idea acerca de los alcances que aun hoy puede observar la exaltación de la nación en los hombres. El nacionalismo, en efecto, no deja de ser aquel complejo ideológico que colma una necesidad emocional del individuo, para el que la sociedad sirve de referente a sus acciones concretas;¹⁰⁵ no en todas partes, es cierto, y sobre todo no con la misma intensidad, pero lo cierto es que en Yugoslavia la inflamación del espíritu nacional emulaba a la que había tenido lugar durante los siglos XVIII y XIX, y aun podría decirse que la rebasaba, de ahí que Luis Díez no se equivoque cuando razona que "el espíritu nacional alcanza con frecuencia una efervescencia que se encuentra en proporción inversa a su capacidad de institucionalización."¹⁰⁶

Ahora bien, si los nacionalismos yugoslavos son cotejados con la definición que nosotros hemos ofrecido al final del segundo capítulo, se verá cómo en este caso no es el Estado el que crea la nación, sino viceversa, lo cual nos indica claramente que hoy en día la relación entre Estado y Nación reviste formas distintas. ¿Será por eso que hoy el nacionalismo es percibido como una patología? Hay cifras que son reveladoras: "en 1872, sólo 3.2% de los italianos hablaban italiano; los franceses gozaban de mayor homogeneidad: 6% se comunicaban en francés; de los alemanes no existen cifras, porque los reinos locales se negaron reiteradamente a rendir cuentas sobre su *alemanidad* a las autoridades prusianas."¹⁰⁷ En Yugoslavia las cosas ocurrieron a la inversa: previa constatación de los rasgos que a cada República la hacían distinta de las demás, se procedió a reivindicar el derecho a poseer un Estado propio. Parte de esta realidad obedeció sin duda a la insuficiencia que en términos del fortalecimiento de una nación yugoslava observaron las medidas económicas, políticas y culturales del mariscal Tito; hay, sin embargo, algo más importante: la coyuntura actual, determinada por una reticente obsesión por eliminar

¹⁰⁵ Gleizer, Marcela *Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas*, México, Juan Pablos/FLACSO, 1997, p.30

¹⁰⁶ Díez del Corral, *Op. cit.*, p.285

¹⁰⁷ Semo *Op. cit.*, p.3

fronteras y disolver identidades, promueve, sin proponérselo, la exaltación de lo particular: frente a los intentos de homologación, emerge abruptamente la diferenciación exacerbada.

Lo que ocurrió en Yugoslavia puede volver a ocurrir en muchas partes del mundo; por ello debe ponerse más atención al problema que deriva de la actual condición de la nación en la esfera política, económica y cultural, así como a la *verificable revitalización de identidades que difieren de la que implícitamente sugiere ésta*. Mucha sangre ha costado lo sucedido en el país balcánico; nosotros debemos aprender las lecciones que se desprenden de esta atroz realidad. La historia, como continuamente advierte Hermmman Tertsch, debe ser vista a la cara, sin la intención de prostituirla y convertirla en vehículo de ambiciones e intereses que choquen con la difícil pero necesaria tarea de hallar en este mundo un lugar en el que todo ser humano pueda vivir y convivir con otros hombres sin sentirse expuesto a las atroces manifestaciones de la irracionalidad humana.

Conclusiones

La nación: ayer, hoy y mañana

La desintegración de Yugoslavia ha vuelto a poner de manifiesto el hecho de que la nación, hoy en día, se ha convertido en un problema. Quizá nunca dejó de serlo, es cierto, pero nadie puede negar que la pasión despertada por el discurso particularista de los movimientos nacionales es actualmente juzgada de una manera muy distinta a la que prevaleció durante la época dorada del nacimiento de las naciones. ¿Qué ha pasado entonces? ¿Es la nación actual la que se presenta distinta o son las circunstancias internacionales las que nos obligan a elaborar nuevos criterios para la evaluación de ésta?

Cierto es que la nación hoy en día no puede encarnar los mismos ideales ni las mismas expectativas que la que emergió principalmente durante los siglos XVIII y XIX; sin embargo, nosotros pensamos que no es a los cambios nacidos de esta realidad que hoy debemos el desprestigio y la virtual descalificación de toda reivindicación nacionalista. Desde nuestra perspectiva, el cambio de posición que en torno al hecho nacional han experimentado diversos sectores de la sociedad ocurre en razón a las transformaciones de las formas de organización paradigmáticas en el transcurso de la modernidad, concretamente de los cambios experimentados por el Estado.

Antes, en efecto, el Estado no requería de unidad cultural, por mucho que apelara a ella durante sus primeros años. Así las cosas, la nación coadyuvaba al fortalecimiento del Estado; hoy, en cambio, la nación parece atentar en su contra: amenaza con hacer emerger, donde hay un Estado, una multiplicidad de éstos, lo cual evidentemente choca con un proyecto que lo que busca no es diferenciar, sino homologar en aras de la formación de bloques comerciales supranacionales.

Ciertamente la concepción, tan difundida hoy en día, de un mundo que avanza indefectiblemente hacia la unidad política, económica, social y cultural, no ha logrado más que hacer resurgir las particularidades que caracterizan a los grupos humanos. Ante la amenaza tangible de hacer desaparecer valores, tradiciones y prácticas culturales maduras durante cientos de años, estos grupos responden de manera casi instintiva enarbolando un principio que ciertamente había gozado de total

validez durante casi doscientos años y tras cuya aplicación hubo de ser concebida la estructura de gran parte del globo.

Podemos considerar tres etapas en lo que al surgimiento de Estados nacionales se refiere. La primera de ellas está representada por naciones como Inglaterra, Francia, España y los Estados Unidos; en términos generales, estos Estados pueden considerarse, desde la perspectiva de la unidad política, como exitosos. De la segunda etapa son casos paradigmáticos los de Alemania e Italia, así como gran parte de los Estados latinoamericanos, con resultados casi tan duraderos a los citados anteriormente. Hacia principios del siglo XX, en gran medida como resultado del reacomodo que tiene lugar luego de la primera guerra mundial, nace una tercera generación de Estados nacionales; a ella pertenece Yugoslavia y, como puede advertirse, tales estructuras socio-políticas no corrieron con la misma suerte. Se trata ciertamente de Estados, digamos, decretados a raíz de lo que pretendía ser una última estocada a las formas de organización caducas, inservibles para el libre desarrollo de un capitalismo mundial y, en cierta medida, estorbosas.

Cierto es que en este aspecto no difieren demasiado de los Estados acuñados con anterioridad: también aquellos que nacen durante los dos siglos anteriores tienen como finalidad el desmontaje de las estructuras políticas y económicas heredadas de la Edad Media. La diferencia, sin embargo, de éstos con respecto a los que nacieron como consecuencia de la caída de los tres imperios europeos, radica esencialmente en los niveles de desarrollo de unos y otros. Los Estados "viejos" cristalizaron en el marco de procesos de evolución económica y política relativamente avanzados, mientras que en el caso de los que vieron la luz a partir del siglo XX las condiciones para que dicha cristalización tuviera lugar simplemente no existían; en Yugoslavia, por ejemplo, en la medida en que el Estado fue promovido desde el exterior, también sólo desde fuera de sus fronteras podían garantizarse los medios de subsistencia del mismo, de ahí que ante la carencia de los apoyos que mantuvieron en pie al Estado titista y, sobre todo, ante el debilitamiento del discurso de la guerra fría (del cual también se valió el propio Tito para alcanzar lo que él consideraba un "éxito político"), el Estado yugoslavo simplemente se vino abajo. Las formas adquiridas por las transformaciones en el espacio balcánico en los momentos de crisis obedecieron, sin

embargo, a circunstancias específicas, derivadas de una historia profusa en enfrentamientos y conflictos.

Ahora bien ¿estamos frente a una nueva etapa de desarrollo del Estado-nación? Sin duda que sí. Dos hechos han impulsado las transformaciones que durante los últimos años han caracterizado dicha etapa en Europa: el desmembramiento del imperio soviético y la conformación de la Unión Europea. Nada más paradójico que el hecho de que ambos procesos ocurran simultáneamente: uno se basa en un discurso unificador, mientras que el otro apela a la diferenciación, a la división. Así, donde hay quince Estados se pretende coadyuvar a la formación de una especie de macro-Estado, mientras que en territorio vecino, con la caída de la Unión Soviética, Checoslovaquia y Yugoslavia, se da pie al nacimiento de veintidós Estados.

La estructura de este mundo está basada en la figura del Estado, pero hoy la tendencia —trazada a la luz de un proyecto económico— no apunta a la formación de un número mayor de entidades de este tipo sobre bases étnicas o nacionales, sino precisamente lo contrario: se promueve la disolución de las barreras entre los pueblos y el consecuente debilitamiento del Estado en pos de la construcción de entidades supranacionales o macro-Estados. Las consecuencias políticas y culturales de la implementación de políticas que apuntan a la consecución de este objetivo son hoy evidentes: la afirmación de las particularidades de cada comunidad tiene lugar en medio de una obsesión cada vez más evidente por disolverlas. Se trata, en efecto, de un problema que nace a partir de la contraposición de intereses económicos y valores culturales, problema que hasta la fecha no ha encontrado cabal solución y que amenaza con reanimar manifestaciones de violencia que a nadie favorecen y que, desde luego, nadie desea reproducir.

Las posibles respuestas a esta encrucijada no llagarán a buen término si se pasa por alto el hecho indiscutible de que mientras mayor sea la presión ejercida a las comunidades para que cedan ante el empuje de la homogenización, mayor será también la intensidad de la respuesta que éstas ofrezcan ante la virtual amenaza de su desaparición. No obstante, esta posición de reivindicación de lo particular debe matizarse. Es evidente que tampoco ha de ser elevado a rango de mandato divino el principio de que a cada pueblo debe corresponder un Estado: los desplazamientos geográficos que a través de la historia han realizado grupos humanos y la innegable

coexistencia de comunidades diversas en territorios a veces lejanos que nos hacen de este anhelo una verdadera quimera

La búsqueda, y eventual hallazgo, de fórmulas que garanticen la convivencia de grupos distintos en el marco de entidades políticas únicas es hoy tarea prioritaria e inaplazable. El Estado, tal y como ha sido entendido y puesto en marcha hasta nuestros días, y sobre todo tal y como se perfila hacia el futuro, no es capaz de garantizar ni la supervivencia de los grupos que comprende –sobre todo de aquellos considerados como minorías-, ni la convivencia pacífica entre dichos grupos. Con respecto a este asunto, Habermas establece que "al someter a las minorías a su *administración central, el Estado nacional se pone a sí mismo en contradicción con las premisas de autodeterminación a las que él mismo apela*".¹⁰⁸

La solución a este problema no es la aplicación del principio un pueblo-un Estado, como tampoco lo es la imposición cultural, promovida a partir de la ponderación de intereses económicos. Alain Touraine ha esbozado ya lo que podría ser una salida al enorme problema que encarna la coexistencia de grupos diversos en el marco de unidades políticas; para él, el multiculturalismo (por el que aboga) sólo tiene sentido si es definido como "la combinación, en un espacio dado, de una unidad social y de una pluralidad cultural mediante intercambios y comunicaciones entre actores que utilizan diferentes categorías de expresión, análisis e interpretación"¹⁰⁹

Lo cierto, sin embargo, es que si no se quiere promover la explosión de manifestaciones totalmente irracionales y sin duda perjudiciales para la paz mundial, se han de buscar los mecanismos jurídicos y políticos que hagan posible la confluencia de los valores culturales y el desarrollo de los procesos económicos. La vida de pueblos enteros puede depender de este tipo de medidas, que sin embargo no han de ser ideadas de manera unilateral por los representantes de un proyecto cultural dominante. La paz futura, si ha de ser duradera, deberá descansar sobre la base del entendimiento entre posiciones distintas y hasta encontradas. Construir un mundo para el *otro*, utilizando criterios propios, constituye la mayor arrogancia y el error político más grande: equivale prácticamente a decretar un triunfo cultural que es, cuando menos, cuestionable.

¹⁰⁸ Habermas *Op. cit.*, p.91

“El rasgo decisivo de la vida humana es su carácter fundamentalmente dialógico”,¹¹⁰ nos dice Charles Taylor, de manera que, apelando ese carácter, los lineamientos para la convivencia entre grupos y entre sujetos han de construirse mediante el entendimiento entre posiciones diversas, previa exposición, a través del discurso, de razones, lógicas y formas de ver el mundo.

A los discursos que pretenden anticipadamente establecer los lineamientos del mundo futuro hay que oponer, desde el plano de las ideas, argumentos y propuestas que no promuevan ni la polarización ni la homologación. “La violencia simbólica contenida en la guerra fría no desaparece sino que se fragmenta”,¹¹¹ nos dice Xavier Rubert de Ventós. No estimular esa violencia depende en gran medida del reconocimiento explícito del derecho que tiene todo grupo humano a la reproducción de las prácticas que han guiado su destino.

Toda vida humana está culturalmente determinada,¹¹² y de ello dan cuenta sucesos como los que nutrieron de violencia al conflicto yugoslavo. Que un hombre mate a otro hombre simplemente porque es *otro*, es algo que merece singular atención. Que dicho fenómeno haya ocurrido justamente ahí tiene una explicación histórica, pero a decir verdad, hay demasiadas regiones que poseen características similares, desprendidas de procesos históricos tanto o más complejos –tal es el caso del Oriente medio. Yugoslavia no debe ser vista como un espacio ajeno al mundo en que vivimos, y los sucesos de los últimos años tampoco han de ser percibidos como a-históricos. La cercanía espacial y temporal de la tragedia yugoslava nos compromete a todos, al tiempo en que nos hace volver la mirada a nuestra propia esencia. ¿Quiénes somos *nosotros*? Esta es una pregunta que sólo ha de encontrar respuesta a la luz de la presencia inexorable de los *otros*, con quienes compartimos el mundo.

¹⁰⁹ Touraine, Alain “¿Qué es una sociedad multicultural?” en *Claves de razón práctica* No. 56 p.16

¹¹⁰ Taylor, Charles *El multiculturalismo y la política del reconocimiento*, México, FCE, 1993, p.67

¹¹¹ Rubert de Ventós, *Op. cit.*, p.25

¹¹² Znaniecki, Florian *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*, México, El Colegio de México, 1944, p.54

Cronología

1980

4 de Mayo. Muerte del mariscal Tito tras tres meses de agonía. Durante un año, la presidencia colegiada se turnara entre los representantes de la Repúblicas y las Provincias.

1981

2 de abril. Es proclamado en Kosovo el estado de excepción después de fuertes disturbios.

1986

25-28 de junio. Durante el XIII Congreso de la Liga de los Comunistas tiene lugar una reforma profunda de las instituciones dirigentes con la intención de reforzar el poder social.

7 de octubre Intelectuales serbios acusan al PC, pidiendo el restablecimiento del "Estado de derecho".

1988

14 de Mayo. Debate sin precedentes en el Parlamento Federal, a causa de un voto de censura presentado por las delegaciones eslovena y croata.

5-6 de octubre. Incidentes en Novi Sad, Voivodina, después de una manifestación a favor el estrechamiento de las relaciones con la República serbia.

19 de noviembre. Más de un millón de serbios se concentran en Belgrado, para apoyar a la minoría serbia de Kosovo.

1989

11 de Enero. Dimisión de la dirección de Montenegro. Se crea la Unión de los Demócratas Eslovenos, que lucha por la democracia parlamentaria.

19 de Enero. El croata Ante Markovic es nombrado primer ministro. Aboga por un nuevo socialismo y por la economía de mercado.

21-28 de febrero. Estalla un amplio movimiento de huelga en Kosovo. Belgrado envía fuerzas antidisturbios.

26-30 de Marzo. Se producen violentos enfrentamientos en Kosovo, luego de la revisión de la constitución, que refuerza el control de Serbia sobre las Provincias autónomas.

28 de Junio. Fiesta gigante del nacionalismo serbio con motivo del aniversario número 600 de la batalla de Kosovo.

27 de Septiembre. Eslovenia incluye en su Constitución el derecho de autodeterminación. Tienen lugar manifestaciones en contra de dicha medida en Serbia y Montenegro.

20 de noviembre. Primeras elecciones presidenciales con sufragio universal en Serbia. Triunfo aplastante de Slobodan Milosevic.

1990

20-23 de enero. El XIV Congreso de la Liga de los Comunistas reconoce el pluralismo político. Las delegaciones eslovena y croata abandonan el Congreso antes del fin de los trabajos

4 de febrero. Los comunistas eslovenos rompen con la Liga Federal y defienden la renovación democrática.

12 de febrero. El PC de Croacia cambia de nombre y de programa.

8 y 22 de abril. Se desarrollan en Eslovenia las primeras elecciones libres desde la guerra. El comunista reformador Milan Kucan es elegido presidente.

22-23 de abril. Elecciones en Croacia, las primeras libres desde 1945. Triunfa la oposición en la persona de Franco Tudjman, que es designado presidente el 30. El 31 Stipe Mesic forma un gobierno no comunista.

15 de mayo. El serbio Borisov Jovic sucede al esloveno Janez Drnovsek en la presidencia de la Federación; insiste en la necesidad de preservar la integridad del Estado.

26 de mayo. La Liga de los Comunistas renuncia al monopolio político.

7 de Junio. El PC se transforma en Partido Socialista.

2 de Julio. Los diputados albaneses de Kosovo proclaman la igualdad de Kosovo con las otras Repúblicas. Eslovenia aprueba una declaración de soberanía.

5 de Julio. El Parlamento de Serbia disuelve, mediante un decreto ley, el Parlamento de Kosovo y revoca el Consejo Ejecutivo.

9 de Julio Dimiten los dos miembros albaneses de la Presidencia Colegiada y el Presidente de Kosovo.

16 de julio. Slobodan Milosevic es elegido al frente del partido socialista serbio.

7 de septiembre. Kosovo promulga la Constitución de su República.

11-12 de septiembre. Disturbios interétnicos en Bosnia-Herzegovina, donde está en vigor el estado de excepción.

5 de octubre. Eslovenia y Croacia proponen un modelo confederado.

18 de noviembre. Elecciones en Bosnia- Herzegovina; los nacionalistas derrotan a los comunistas.

9 de diciembre. Los ex-comunistas ganan por amplio margen las elecciones en Serbia y Montenegro.

21 de diciembre. Croacia se dota de una nueva Constitución que le confiere el derecho a separarse.

23 de diciembre. Referéndum en Eslovenia; una amplia mayoría se pronuncia por la independencia, que se proclama el 26.

1991

28 de febrero. Krajina, enclave serbio de Croacia, proclama su separación de dicha república.

19 de mayo. Referéndum en Croacia, donde también triunfa la independencia, que se proclama el 29 de mayo.

23 de junio. Los Doce deciden en Luxemburgo no reconocer la independencia de Eslovenia y Croacia, si estas dos repúblicas deciden hacerlo unilateralmente.

27-30 de junio. El ejército federal interviene en Eslovenia para tomar el control de los puestos fronterizos con Italia, Austria y Hungría. Los combates causan numerosas víctimas.

28-30 de junio. Una delegación de la Comunidad Europea obtiene el 29 un compromiso que prevé el cese de la hostilidades y la suspensión durante tres meses de las declaraciones de independencia.

2 de julio. Reanudación de los combates en Eslovenia.

7 de julio. Las partes en conflicto (serbios, eslovenos, croatas y federales), reunidos en Brioni bajo la égida de la CEE, aprueban una declaración común que prevé un alto al fuego global.

18 de julio. La presidencia colegiada anuncia la retirada del ejército federal de Eslovenia, donde la tensión disminuye, peor aumenta en Croacia donde enfrentamientos mortales provocan el éxodo de los serbios, así como el de los croatas que viven en zonas de mayoría serbias.

8 de septiembre. En Macedonia el 95.9% de los electores se pronuncia a favor de la independencia de la República, que se proclama el 15.

3 de octubre. El bloque serbio de la presidencia colegiada se apodera del poder ante "el peligro de la guerra inminente".

12 de octubre. Los Doce deciden recurrir al consejo de seguridad de la ONU.

21 de octubre. Los albaneses de Kosovo se dotan con un jefe de gobierno de la "República soberana de Kosovo".

15 de diciembre. El consejo general de la ONU aprueba el envío a Yugoslavia de observadores militares.

20 de diciembre. El musulmán Alija Izetbegovic es elegido presidente de la república de Bosnia-Herzegovina.

23 de diciembre. Alemania reconoce oficialmente a Croacia y Eslovenia.

1992

7 de enero. Un helicóptero de la CEE es derribado en Croacia por el ejército federal.

15 de enero. Los Doce reconocen la independencia de Eslovenia y Croacia.

21 de febrero. El consejo de seguridad de la ONU autoriza el envío de 14,000 hombres (UNPROFOR) a tres regiones de Croacia.

de 29 de febrero-1 marzo. Referéndum en Bosnia; 63% de los votantes se pronuncian a favor de la independencia. Referéndum en Montenegro; los votantes se manifiestan por el mantenimiento en la federación.

18 de marzo. Los responsables de las comunidades musulmana, Serbia y croata llegan a un acuerdo sobre un proyecto de reorganización de la república.

6 de abril. La CEE reconoce a Bosnia, pero no a Macedonia dada la oposición de Grecia.

8 de abril. Sarajevo es bombardeado con morteros.

27 de abril. Serbia y Montenegro proclaman la República Federal de Yugoslavia.

6 de mayo. Los representantes serbios y croatas de Bosnia reunidos en Austria, se ponen de acuerdo sobre un reparto étnico de la República.

15 de junio. El escritor Dobrica Cosic es elegido presidente de la Nueva Yugoslavia.

28 de junio. Francois Mitterrand, presidente francés realiza una visita sorpresa de seis horas a Sarajevo.

2 de julio. Milan Panic es nombrado primer ministro de la Nueva Yugoslavia.

11-12 de julio. Las fuerzas Serbias desencadenan una vasta ofensiva contra varias ciudades de Bosnia.

2 de agosto. Franjo Tudjman es reelegido presidente de Croacia con el 56.7% de los votos.

5 de agosto. Sarajevo es bombardeado día y noche, falta agua y se ha suspendido el puente aéreo.

3 de septiembre. Inician los trabajos de la Conferencia permanente sobre la ex-Yugoslavia.

22 de septiembre. La Nueva Yugoslavia es excluida de las filas de la Asamblea General de la ONU.

15 de octubre. 6,000 Cascos Azules se despliegan por el territorio bosnio.

29 de octubre. La ciudad de Jajce, bastión musulmán, cae en manos de las fuerzas serbias y provoca el éxodo de miles de personas.

1 de diciembre. La Comisión de los Derechos Humanos de Ginebra, condena la política de "limpieza étnica" practicada por los dirigentes serbios en Bosnia y en Croacia.

3 de diciembre. En Eslovenia Milan Kucan es reelegido con más del 60% de los votos.

1993

8 de enero. Asesinato en Sarajevo del viceprimer ministro bosnio, Hajika Turajilic, por un miliciano serbio, cuando se encontraba en un vehículo de la UNPROFOR.

30 de enero. Violentos combates enfrentan a croatas y bosnios en el centro de Bosnia.

25 de febrero. Bill Clinton, presidente de los Estados Unidos, decide lanzar mediante paracaídas ayuda sobre Bosnia oriental.

8 de abril. Macedonia es admitida en las Naciones Unidas con el nombre provisional de ex-República Yugoslava de Macedonia.

22 de mayo. Los serbios de Bosnia proclaman su victoria militar. Controlan el 70% de los territorios bosnios.

31 de mayo-1 de junio. El presidente de la Nueva Yugoslavia Dobrica Cosic, es destituido por los partidarios de Slobodan Milosevic, aliados con los ultranacionalistas de Vojslav Seseij.

8 de junio. Reanudación de los combates entre musulmanes bosnios y croatas.

10 de junio. Estados Unidos anuncia el envío a Macedonia de 300 soldados para prevenir una extensión del conflicto.

2 de agosto. La OTAN toma la decisión de bombardear Serbia, previa orden de la ONU.

4-10 de agosto. Los serbios desafían a la OTAN retomando posiciones en torno a Sarajevo. El 14 del mismo mes abandonan sus posiciones ante las presiones externas, pero lo queman todo en su retirada.

20 de octubre. Slobodan Milosevic disuelve el Parlamento serbio y convoca a nuevas elecciones.

6 de noviembre. El ejército bosnio controla la ciudad de Sarajevo.

2 de diciembre. Serbios y musulmanes abandonan la conferencia de Ginebra sin llegar a ningún acuerdo.

23 de diciembre. El gobierno de Belgrado pone en circulación un billete de medio millón de dinares.

26 de diciembre. Elecciones legislativas en Serbia y Montenegro. El partido socialista obtiene 123 de los 250 escaños.

1994

11 de enero. La OTAN amenaza con realizar ataques sobre los serbios de Bosnia.

14 de enero. La aviación croata ataca a los musulmanes en Bosnia central.

19 de enero. Croacia y Serbia firman un acuerdo de buena vecindad en Ginebra.

6 de febrero. Alemania y Francia apoyan una acción militar contra los serbios.

11 de febrero. Los serbios que asedian Sarajevo empiezan a entregar lentamente su armamento a la ONU.

20 de febrero. La OTAN renuncia a atacar por considerar que el sitio a Sarajevo se ha levantado.

23 de febrero. Musulmanes y croatas firman una tregua militar en Zagreb.

12 de marzo. Musulmanes y croatas alcanzan un acuerdo para crear un ejército común Bosnio.

12 de abril. El jefe militar serbio ordena atacar a los aviones de la OTAN que sobrevuelan la zona de Gorazde.

16 de abril. Es derribado un avión británico de la OTAN.

19 de abril. Los serbios se apoderan en Sarajevo del armamento que habían entregado a la ONU.

26 de mayo. Serbios, musulmanes y croatas rompen las negociaciones de Ginebra sin llegar a ningún acuerdo.

11 de julio. La OTAN inicia los preparativos para imponer el plan de paz en Bosnia.

4 de agosto. Se confirma la ruptura de relaciones de Belgrado con los serbios de Bosnia, así como el cierre de las fronteras.

22 de octubre. Los serbios levantan el bloqueo de ayuda humanitaria en Bosnia.

8 de noviembre Nueva batalla en la calles de Sarajevo entre serbios y musulmanes.

21-23 de noviembre. Ataque aéreos de la OTAN contra aeropuertos y baterías serbias.

30 de noviembre, Alemania y Francia afirman que no es posible la solución militar en Bosnia.

1995

10 de enero. Los serbios de Bosnia exigen que las tropas gubernamentales se retiren de determinadas colinas del este de Sarajevo para mantener el alto al fuego.

11 de enero. Las partes enfrentadas en Bosnia acceden a prolongar a 4 meses el alto al fuego en Sarajevo.

29 de enero. Son detenidos 200 policías albaneses de Kosovo acusados de formar parte de un ministerio del interior paralelo y de instigar a la secesión de esta provincia.

Bibliografía

Akzin, Benjamin

Estado y Nación

FCE Breviario No. 200

México D.F. 1975

Anderson, Benedict

Comunidades imaginadas

FCE Colección Popular

México D.F. 1997

Bazant, Jan

Breve historia de Europa central (1938-1993)

El Colegio de México

México D.F. 1993

Béjar, Raúl y Héctor María Cappello

Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales

UNAM

México D.F. 1990

Bogdan, Henry

La historia de los países del Este. De los orígenes a nuestros días

Javier Vergara Editor

Buenos Aires, Argentina 1991

Brunn, Geoffrey

La Europa del siglo XIX

FCE Breviario No. 172

México D.F. 1974

Castells, Manuel

"Identidades" en *El País*

Sábado 20 de diciembre de 1997

página 13

Coakley, John

"Contrastando las perspectivas oriental y occidental sobre el nacionalismo" en

Revista Internacional de Filosofía Política No.3

UAM-UNEDO

México D.F. 1994

Crowley, John

"Etnicidad, nación y contrato social" en *Teorías del nacionalismo*

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Chabod, Federico

La idea de nación

FCE Breviario No.453

México D.F. 1987

Delannoi, Gil

"La teoría del nacionalismo y sus ambivalencias" y "Naciones e ilustración" en

Teorías del nacionalismo

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Delos, Joseph

La Nación. El problema de la civilización Tomo I. Sociología de la nación

Editorial Desclée de Brouwer

Buenos Aires, Argentina 1948

Denitch, Bogdan

Nacionalismo y etnicidad. La trágica muerte de Yugoslavia

Editorial Siglo XXI

México D F 1995

Díez del Corral, Luis

El rapto de Europa

Alianza Editorial

Madrid, España 1974

Djilas, Milovan

La nueva clase. Un análisis del régimen comunista

Editorial Sudamericana

Buenos Aires, Argentina 1957

Féron, Bernard

Yugoslavia, orígenes de un conflicto

Le Monde/Salvat Dossier

Madrid, España 1995

Fromm, Erich

Psicoanálisis de la sociedad contemporánea

FCE

México D.F. 1974

Gellner, Ernest

"El nacionalismo y las dos formas de cohesión en las sociedades complejas"
en *Teorías del nacionalismo*

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Giménez, Gilberto

"La identidad social o el retorno del sujeto en sociología" en *Identidad. III*

Coloquio Internacional Paul Kirkkhoff

UNAM

México D.F. 1996

Gleizer Salzman, Marcela

Identidad, subjetividad y sentido en las sociedades complejas

Juan Pablos Editor/Flacso

México D F. 1997

Goytisolo, Juan

Cuaderno de Sarajevo. Anotaciones de un viaje a la barbarie

Editorial Aguilar-Nuevo siglo

México D.F. 1995

Habermas, Jürgen

Identidades nacionales y postnacionales

Editorial Tecnos

Madrid, España 1989

Hiraoka, Jesse

"La identidad y su contexto dimensional" en *Identidad. III Coloquio*

Internacional Paul Kirkkhoff

UNAM

México D.F. 1996

Hobsbawm, Eric J.

"Identidad" en *Revista Internacional de Filosofía Política No.3*

UAM-UNEDO

México D.F. 1994

Naciones y nacionalismo desde 1780

Editorial Crítica

Barcelona, España 1997

Huntington, Samuel P.

El Choque de civilizaciones

Editorial Paidós

Barcelona, España, 1996

Jafferlot, Christophe

"Los modelos explicativos del origen de las naciones y del nacionalismo" en

Teorías del nacionalismo

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Jaspers, Karl

Filosofía de la existencia

Editorial Origen-Planeta

México D.F. 1985

Jauregui Bereciartu, Gurutz

Contra el Estado-Nación: en torno al hecho y la cuestión nacional

Editorial Siglo XXI

Madrid, España 1986

Jenkins, Richard

Social identity

Editorial Routledge

Londres, Inglaterra 1996

Jernarulens, Pierre de

Yalta

FCE

México D.F. 1988

Kadaré, Ismail

"¿Pueden europeizarse los Balcanes?" en *El País Digital No.1073*

Domingo 11 de abril de 1999

Keating, Michael

"Naciones, nacionalismos y Estados" en *Revista Internacional de Filosofía Política* No.3

UAM-UNEDO

México D.F. 1994

Kitsikis, Dimitri

El imperio otomano

FCE Breviario No.507

México D.F. 1989

Laing, Ronald D.

El yo y los otros

FCE

México D.F. 1978

Lisón Tolosana, Carmelo

"Identidad: collage cultural. Las múltiples voces de la identidad" en *Identidades, nacionalismo y regiones*

López y Rivas, Gilberto

Nación y pueblos indios en el neoliberalismo

Plaza y Valdés

México D.F. 1995

Marx, Karl y Federico Engels

La cuestión nacional y la formación de los Estados

Siglo XXI

México D.F. 1973

Milosevich, Mira

"Milosevic y nosotros, los serbios" en *El País Digital* No. 1076

Miércoles 14 de abril de 1999

Morín, Edgar

Pensar Europa

Editorial Gedisa

Barcelona, 1988

"El Estado-Nación" en *Teorías del nacionalismo*

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Olivé, León

"La dimensión social del yo y la identidad personal" en *Universidad de México*
No. 539

México D.F. Diciembre de 1995

Oserkovsky, Silvia

Los nacionalismo separatistas que contribuyeron a la desintegración de
Yugoslavia

Tesis de licenciatura

FCPyS, UNAM, México D.F. 1995

Roca Junyent, Miquel

Los Nacionalismos ¿Qué eran? ¿Qué són?

Ediciones Destino

Barcelona, España 1997

Rubert de Ventós, Xavier

Nacionalismos: el laberinto de la identidad

Editorial Espasa-Calpe

Madrid, España 1994

Schore, Pierre "Entre Maastrich y Sarajevo" en *Visiones cortazarianas*.

Editorial Aguilar-Nuevo siglo

México D.F. 1996

Silva Camarena, Juan Manuel

"Identidad: forma peculiar de ser" en *Identidad. III Coloquio Internacional Paul Kirkkhoff*

UNAM

México D.F. 1996

Smith, Anthony

La identidad Nacional

Editorial Trama

Barcelona, España 1996

Taguieff, Pierre-Andre

"El nacionalismo de los nacionalistas" en *Teorías del nacionalismo*

Editorial Paidós

Barcelona, España 1993

Taylor, Charles

Fuentes del yo

Editorial Paidós

Barcelona, España 1997

El multiculturalismo y la política del reconocimiento

FCE

México D F. 1993

Tertsch, Hermann

La venganza de la historia

El País-Aguilar

Barcelona, España 1993

Toscano Méndez, Manuel

Ciudadanía, nacionalismo y derechos humanos

Editorial Trotta

Madrid, España, 2000

Touraine, Alain

"¿Qué es el multiculturalismo?" en *Claves de Razón Práctica No 56*

Madrid, España Octubre de 1995

Valiñas, Leopoldo

"La doble dimensión de la lengua en los procesos de identidad" en *Identidad. III*

Coloquio Internacional Paul Kirkkhoff

UNAM

México D.F. 1996

Znaniecki, Florian

Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones

El Colegio de México/Centro de Estudios sociales

México D F. 1944